TOMÁS BULAT

ESTAMOS COMO SOMOS

POR QUÉ LOS ARGENTINOS NO TENEMOS EL PAÍS QUE QUEREMOS

SUDAMERICANA

Tomás Bulat

Estamos como somos

Por qué los argentinos no tenemos el país que queremos

Sudamericana

La finalización de este libro fue posible gracias al inestimable trabajo de
FLORENCIA GRIECO y FAUSTO SPOTORNO

Agradecimientos

Este libro fue el primero que Tomás imaginó. Siempre quiso tratar de desmenuzar nuestras características como sociedad para comprender nuestra realidad como país. Por diversas razones, fue un proyecto postergado. Tomás escribía cuando tenía tiempo libre —un bien escaso en su vida— y cuando sentía que podía llegar al fondo de lo que pensaba. Fue así hasta que Roberto, su editor, y Fausto, su colega —ambos sus amigos—, lograron cercarlo y darle el ultimátum: este proyecto se convertiría en su próximo libro.

Así fue que fines de 2014 y principios de 2015 los encontró a los tres trabajando en estas páginas, con esa pasión y devoción que solo Tomy era capaz de imprimir a sus tareas y sus equipos.

Este libro es Tomy. Y a la vez es un libro incompleto de Tomy. Como la vida de cada uno de quienes pudimos disfrutarlo, hoy incompletas de Tomy pero con la presencia de su simpleza, amor y capacidad de transformación para seguir creciendo.

Sin la rigurosidad de Fausto,

sin la sensibilidad de Flor,

sin la dedicación de Claudio,

sin la mirada de Roberto,

sin la decisión de Juan,

sin la visión y la esperanza de Santiago, Lucía y Fausto,

sin la generosa compañía de cada uno de ustedes, este libro no hubiera sido posible.

Gracias por permitirnos rescatar a ese Tomy que aún tenía mucho para

decir.

CARINA ONORATO BULAT

PRESENTACIÓN

To be or not to be

“¿Por dónde hay que empujar este país
para llevarlo adelante?”
MAFALDA

¿Somos un pueblo maravilloso, un gran pueblo, una sociedad mediocre o...? ¿Tenemos un destino de grandeza que nos espera a la vuelta de la esquina y estamos condenados al éxito, o en realidad… nada de eso? ¿Por qué la sociedad argentina es una sociedad económicamente frustrada? ¿Tendrá algo que ver en eso cómo somos nosotros, los que conformamos esa sociedad?

Una de las mayores diferencias entre el idioma inglés y el español tiene que ver con el verbo más usado por la humanidad en todas las lenguas. En inglés, la forma “to be” se utiliza tanto para dar idea de *ser* como de *estar*. Un mismo verbo con dos significados distintos. En español, en cambio, tenemos dos formas bien distintas. Entre nosotros, por ejemplo, alguien puede ser médico (de quien se espera que cure enfermedades y dolencias) y, sin embargo, estar tratando mal a sus pacientes. O se puede ser Messi y estar de malas errando todos los penales. En inglés, en cambio, uno *es* en función de cómo *está*. Pasa que si nos ponemos a pensarlo, uno no *está* diferente de lo que *es*. ¿Cómo se podría *ser* de una manera y *estar* de otra? Cómo estamos depende de cómo somos. Y si no nos gusta cómo estamos, tenemos que cambiar cómo somos. Una cosa va de la mano de la otra.

Siempre me llamó la atención una particularidad de nosotros, los

argentinos: cuando hablamos de *cómo somos* como pueblo, por lo general nos catalogamos de “pueblo maravilloso” si estamos agrandados o pasando por una buena racha, y nos limitamos a decir que somos “un pueblo culto y trabajador”, “un gran pueblo”, si estamos económicamente con la “depre”. Sin embargo, a la hora de hablar de *cómo estamos* nos invade de pronto un sentido de frustración muy grande: siempre decimos que “estamos mal” (y en el mejor de los casos, que “no estamos *tan* mal”, que es prácticamente lo mismo). En el sentido común de la gente, estamos claramente muy por debajo de lo que nos merecemos como argentinos, es decir, tomando en cuenta lo que somos.

Para simplificar, somos un gran pueblo que está frustrado. Mal. Horrible.

Lo que resulta más llamativo todavía es que vivimos esa contradicción sin demasiada incomodidad. Nos encanta considerarnos “grandes” y no nos permitimos pensar que quizás, en la Argentina, sencillamente *estamos como somos*.

Esto de pensar el problema por un lado y por el otro tiene varias implicancias:

- Si la cuestión no es *cómo somos* sino *cómo estamos*, eso nos lleva a enfocarnos en buscar al o los culpables de nuestra situación actual. Tiene que haber una organización, un país, un grupo de corporaciones, algo o alguien que nos somete y nos impide estar como nos merecemos de acuerdo con lo que somos. Así, nada está mal en nosotros, excepto que no luchamos lo suficiente contra las fuerzas demoníacas que nos impiden estar mejor.
- Si en cambio ponemos el énfasis en cómo *somos*, entonces debemos concentrarnos básicamente en ver qué cosas hacemos mal y empezar a cambiarlas. Porque eso significa que el responsable no está afuera, no es otro que nosotros mismos. En este caso, no hay un gran pueblo

destinado a ser grande sino una sociedad discreta con muchos defectos por corregir.

En el primer caso, toda la fuerza debería concentrarse en pelear contra los enemigos externos que nos impiden estar mejor según los designios de nuestro destino de grandeza. La segunda hipótesis nos lleva por el camino que yo creo que es el correcto: el de la reflexión sobre *cómo somos* para —aceptación de la dura realidad mediante— poder ajustar lo que debamos corregir.

Nos encanta considerarnos un gran pueblo en lugar de pensar que quizás, en la Argentina, sencillamente *estamos como somos*.

Claro que sería muy lindo que hubiera un destino de grandeza predeterminado, y es tremendamente decepcionante que no sea así. Pero no hay un destino semejante que nos espera con paciencia a la vuelta de la esquina. En realidad, el destino que tengamos como sociedad dependerá de lo que haga cada uno de nosotros por su lado y lo que hagamos todos en conjunto día a día. En este caso, toda nuestra fuerza estará destinada a ver cómo podemos ser mejores como sociedad, es decir, a la convivencia interna.

El problema es que, en política, es mucho más sencillo moverse en el primer escenario. Todo se simplifica cuando hay un enemigo externo —en parte real, en parte inventado… cincuenta y cincuenta— que logra convertir la frustración en pelea. Un enemigo externo que tiene una pata en los hechos y otra en la imaginación según cuáles sean nuestras necesidades. Y en una sociedad frustrada como la argentina, este discurso de las teorías conspirativas penetra y prende muy fácilmente. Si uno cree que es de una forma pero los resultados distan mucho de reflejarlo y, al contrario, dejan bastante que desear, solo puede deberse a una fuerza exterior que todo lo

puede. Es lo que nos pasa a nosotros. En lugar de cuestionar nuestro propio *ser*, buscamos echarle la culpa a alguien más.

Para decirlo bien sencillo, los argentinos somos dueños de nuestro destino y tenemos que hacernos cargo de él. Si no estamos como queremos, los principales responsables somos nosotros, no el vecino. Quizá no seamos un pueblo tan maravilloso y en cambio tengamos muchas cosas que pulir y aprender. Y quizá nuestro destino de grandeza no sea otra cosa que intentar hacer que nuestras vidas y las de nuestros hijos sean mejores. Ni más ni menos.

De esto tratan los siguientes capítulos, de ver cómo somos. Y para eso vamos a revisar los principales mitos que todos repetimos como si fueran verdades y que nos hacen pensar que somos algo que no somos. Este libro quiere reflexionar acerca de esas creencias que hemos forjado sobre nosotros mismos, que nos llevan a comportarnos de determinados modos y, en consecuencia, a estar como estamos. También intenta dar algunas pautas para dejar de depositar en otros la responsabilidad de cómo estamos y, de yapa, para que aprendamos cosas valiosas de nuestra historia.

CAPÍTULO 1

El gran mito gran
(o la madre de la criatura)

“La Argentina es un país rico”

“¡Aramos!, dijo el mosquito, que estaba
sentado en el lomo de una mula.”
ANÓNIMO (pero qué gran verdad)

¿Es justo que Messi gane más plata que el número 4 de Lanús? ¿Y qué tiene que ver esto con uno de los mitos fundacionales de nuestra cultura?

La idea de la Argentina como país rico es sin duda una de las creencias más fascinantes y arraigadas del nativo promedio. La riqueza, según esta fantasía, no es algo que se produce, que se genera, que se transpira, sino algo que “está ahí” (¿Ahí dónde? ¿En el aire? ¿En la tierra? ¿En el cielo con diamantes como Lucy?). O sea, la riqueza es algo que existe sin necesidad de que hagamos ningún esfuerzo, sin trabajar, sin rompernos el bocho ni el lomo, sin planificar… Es una parte constitutiva del país, que lo recorre y lo fortifica de forma natural, como la sangre en el cuerpo, como pétalos de una misma flor. Es algo que estuvo, está y estará por los siglos de los siglos y pase lo que pase.

Una de las consecuencias más calamitosas de esta creencia es suponer que la riqueza es una herencia de la cual los argentinos somos beneficiarios forzosos. Como este país es rico, y yo me considero parte de él, ¿para qué voy a trabajar? ¿Para qué voy a generar lo que ya existe de sobra? ¿Por qué tendría que vivir mal o con pocas cosas si mi país es rico? Solo tengo que reclamar la parte que me corresponde de esa riqueza, y chau. Sin duda, ésta es una de las muchas discusiones en las que suele perderse la brújula de los

argentinos.

Otra consecuencia errada consiste en preguntarse cosas tales como por qué Fulanito tiene que ganar más que yo si la riqueza está ahí para todos y es de todos. Si una persona tiene un mejor pasar que yo, es lisa y llanamente porque se debe haber apropiado de una porción mayor de esa riqueza, es decir que fue más vivo en quedarse con una parte más grande de la torta. Tengo todo el derecho a odiarlo porque lo que hizo no fue nada distinto a lo que hice yo, excepto ser más piola, más vivo, o incluso más corrupto.

Los argentinos tenemos esa verdadera manía de creer que en realidad somos ricos pero, ¿dónde nace el mito de la Argentina rica?

La base está

Una de las fuentes principales de este mito tiene que ver, aunque no lo creas, con la extensión de nuestro país. La Argentina es el octavo país más grande de la Tierra y está básicamente deshabitado. Tenemos vastísimos recursos naturales, desde energía y agua hasta un enorme potencial de producción alimentaria para darle de comer a 600 millones de personas. Está la pampa húmeda, que es una planicie amplia y fértil. Tenemos todos los climas y todas las regiones susceptibles de ser explotadas turísticamente. Tenemos 4.500 kilómetros de montañas para producir minerales. Y además tenemos Vaca Muerta, que es energía en potencia, y un mar impresionante, amplio y generoso.

A todas luces, nuestra geografía es muy favorable. Muchas veces (siempre, sería más acertado) esto se confundió con riqueza y de ahí nos quedó la idea fija de que la Argentina es un país rico cuando lo cierto es que no lo es. Más bien, estamos en la mitad de la tabla. No somos ni muy ricos ni muy pobres. Esto se puede observar en el célebre PBI pero antes te cuento una anécdota

que refleja cómo somos.

Una vez me tocó ir como asistente a una de esas conferencias masivas que traen expositores de todas partes del mundo. Fue en septiembre de 2001, una época que todos recordamos bien. Habló primero el ministro de Economía de Israel, que nos contó cómo les afectaba a ellos la caída del Nasdaq (la bolsa de valores de Estados Unidos). Obviamente nosotros, la mayoría de los asistentes, no prestamos mucha atención. Estábamos más atentos a escuchar qué iba a pasar en la Argentina en esos momentos tan críticos.

Habló, recuerdo, un analista político famoso, que pintó un escenario de ingobernabilidad terrible. Después dos de los más prestigiosos macroeconomistas argentinos, vaticinando que venía una tragedia. Y cerró el ministro de Economía con un pedido de confianza, porque todos esos problemas se podían superar.

Cuando llegó el momento de las preguntas empezó, como siempre sucede en estos casos en que hay una platea llena de argentinos, una serie de más de diez minutos de exposición de cada asistente, que más que preguntar querían el micrófono para decir lo que pensaban, lucirse y tratar de conseguir la aprobación del conferencista. Obvio que cada intervención era sobre lo mal que estaba la Argentina. Y obvio que nadie le preguntó nada al israelí. Cuando estaba por terminar la conferencia, el israelí agarró el micrófono y dijo: “Perdón, amigos, viajé tantos kilómetros y hablé tan poco que necesito decirles algo. Escuché atentamente a cada expositor y cada pregunta de los asistentes. ¿Saben cuánto daría por tener los problemas de ustedes? ¿No se dan cuenta de que habitan un país que no tiene problemas climáticos, no tiene odios étnicos, no tiene conflictos religiosos, no vive con conflictos bélicos con sus países vecinos, no tiene escasez de ningún recurso? ¿Saben cuánto daríamos en mi país para no tener alguno de esos problemas? ¿No se dan cuenta de que solo tienen un problema de formas, de orden, de administración de riquezas?”.

Silencio absoluto en la sala. Así somos.

Estamos en la mitad de la tabla.
No somos ni muy ricos ni muy pobres.

Ahora sí, volvamos al PBI. El Producto Bruto Interno o PBI es el valor total de todos los bienes y servicios que se producen en un país. Para decirlo llano, si el país fuera un campo, el PBI sería todos los granos que se cosechan en un año. El PBI per cápita es, entonces, el valor de todo eso que se produce en un año divido por todos los habitantes del campo.

Este cálculo se usa en general para conocer el tamaño de los ingresos de un país. Por ejemplo, todos intuimos que el nivel de vida en Dinamarca es bastante más alto que el de Colombia. Sin embargo, aunque no lo creas, en 2013 el PBI de Colombia era mayor que el de Dinamarca: 378 mil millones dólares frente a 330 mil millones. Pero esto no es un milagro, simplemente se debe a que Colombia tiene 47 millones de habitantes mientras que en Dinamarca viven apenas 5,5 millones. El verdadero cálculo, el que nos da la pista de qué estamos hablando, es el PBI per cápita: el de Colombia está apenas por encima de los 8.000 dólares anuales mientras que el de Dinamarca es de… 59.000 dólares.

Al trasladar esto al ejemplo del campo y al reemplazar “dólares” por “granos”, podemos decir que, en promedio, cada habitante del campo “Colombia” recibe 8.000 granos al año mientras que los habitantes del campo “Dinamarca” se quedan con la friolera de 59.000 granos. ¿Qué quiere decir esto? Que al mirar el PBI per cápita podemos hacernos una idea bastante clara de la riqueza de cada país sin perder de vista cuánta gente vive en él.

La mayoría de los organismos internacionales agrega otra consideración al PBI per cápita, que es la Paridad del Poder Adquisitivo (y que en la facultad

aprendemos enseguida como PPP, por sus siglas en inglés). Esto sirve para saber cuánto se puede comprar con la misma cantidad de dinero en diferentes países y nos permite comparar los niveles de vida entre diferentes sociedades. O sea, nos dice cuánto vale en la realidad un dólar en Mozambique, en la Argentina o Estados Unidos.

Ahora, si miramos la capacidad adquisitiva del PBI per cápita de la Argentina y lo comparamos con el resto de los países del mundo, no parece que el nuestro sea particularmente rico. Estamos más bien en la mitad de tabla del ranking mundial: según el FMI, en 2014 el PBI per cápita de los argentinos fue de 12.873 dólares, mientras el promedio mundial fue de 10.589 dólares. O sea, el ingreso por persona de la Argentina es estándar pero la mala noticia es que ese valor está bien lejos del ingreso per cápita de un país desarrollado, que es de 45.100 dólares por año.

Sangre, sudor y lágrimas

Quiero ser insistente y repetitivo: esto es así porque la riqueza tiene poco que ver (muy poco, la verdad) con los recursos naturales que posee un país. Cuando uno toma nota de ese listado de bondades que pueblan la Argentina (la llanura pampeana, las montañas con minerales, el agua), enseguida piensa: ¡guau! ¡Tenemos de todo! ¡Somos ricos! En realidad, para que un recurso natural se convierta en un producto o una riqueza, o sea, en algo que se pueda vender, tiene que intervenir el hombre y transformarlo con su trabajo.

Por ejemplo, ahora que se habla tanto del petróleo enterrado a más de tres mil metros de profundidad en Vaca Muerta y de la “riqueza infinita” de nuestras tierras... Mal. Eso no es riqueza. La creación de riqueza es un fenómeno en el que participa el hombre. Hasta que alguien (el Estado, las empresas, quien sea) no invierta dinero, esfuerzo, conocimiento y energía

para extraer el petróleo, procesarlo y comercializarlo, ahí no hay ni habrá riqueza. Solo petróleo, o más bien la presunción de petróleo, allá enterrado a miles de metros. Lo mismo pasa con un pedazo de tierra, que no tiene ningún valor hasta que alguien invierte en él y lo hace producir, y lo mismo con casi todos los recursos naturales. La naturaleza en sí puede ser infinitamente rica, pero de ahí a hablar de riqueza… hay un largo y duro camino.

Para ser más gráficos, supongamos que caminamos por las montañas en San Juan y alguien nos dice que en esa montaña hay mucho oro. La pregunta es, entonces, ¿cuánto vale esa montaña? La respuesta es que hasta que no se organice un grupo de técnicos y obreros, se instale maquinaria y se invierta dinero, la montaña solo tiene valor paisajístico.

Hasta que no haya intervención humana, sea en forma de capital o trabajo, esa montaña de oro no vale nada más que eso. Por lo tanto, la Argentina es un país con muchas potencialidades pero pocas realidades. Los países no son ricos. Los hacen ricos sus ciudadanos cuando se organizan y trabajan. Así que, lamento decirlo, por más potencialidad que haya en nuestro país, si no hay trabajo y organización, no hay riqueza.

Además, para que algo genere riqueza tiene que tener un valor. Pero ese valor es subjetivo. Uno de los ejemplos más claros es Facebook, una de las empresas que más vale en todo el mundo. La empresa de Mark Zuckerberg tiene un valor de mercado que supera los 200 mil millones de dólares gracias a un producto con un valor que es completamente subjetivo para sus millones de usuarios en el planeta. Incluso los bienes que sirven para producir otros bienes o que se usan como insumos dependen de valores subjetivos. ¿Qué quiero decir? Que si no nos gustaran tanto los autos, las computadoras y los viajes en avión, el petróleo valdría menos y el litio no sería más que un mineral. ¿Entendés ahora por qué cambian tanto los precios de los *commodities*?

Me imagino lo que te estarás preguntando: pero, entonces, ¿cuán

importantes son los recursos naturales en la generación de riqueza? ¿Y entonces por qué la Argentina hace cien años fue uno de los países más ricos del mundo y ahora no lo es?

La Argentina es un país con muchas potencialidades pero pocas realidades.

La gran diferencia, gran, es el trabajo. Nada menos que el trabajo, algo que parece una antigüedad en la Argentina actual. Nuestro país se formó con gente que llegó de lejos hasta acá a trabajar, generar riqueza y hacerse la América, o en este caso la Argentina. Nuestros abuelos y bisabuelos no vinieron simplemente a buscar algo que ya existía y estaba a disposición de todos, sino a vivir, trabajar y experimentar la maravillosa posibilidad de generar algo propio con el esfuerzo de cada día. Ellos son los que generaron la riqueza de la que nosotros hoy hablamos y presumimos.

El problema es que al creer que somos un país rico durante tantas décadas, sentimos que no tenemos nada por hacer. Pero no somos un país rico, somos apenas un país con potencial. Y un potencial sin trabajo es solo eso, puro potencial. La riqueza la vamos a tener si trabajamos, los empresarios y los trabajadores, y si trabajamos bien. Si no se trabaja o se trabaja mal, no habrá riqueza. O sea, la diferencia la hacemos nosotros.

Quiénes producen la riqueza

Pero volvamos a la actualidad. Si todos pensáramos que este país, en realidad, tiene recursos naturales de sobra, riqueza en sentido potencial,

entonces bastaría con decidir cómo utilizarlos mejor para producir riqueza contante y sonante. Y tendríamos que ponernos a laburar en serio para generar ese valor.

Los empresarios y trabajadores del sector privado son hoy los principales productores de bienes y servicios de la Argentina. Lo hacen con su esfuerzo y con sus capitales. Todos ellos crean riqueza en este país, que suele ser poca, no muy eficiente y más bien irregular.

Pensemos que en la Argentina la producción de bienes explica casi el 40% del PBI, mientras que los servicios hacen el resto. Casi la totalidad de los bienes están provistos por el sector privado. La producción agrícola, la producción minera y la producción industrial también están en manos privadas. Lamentablemente, en su mayoría son dueños extranjeros que aprovechan los bajos precios de las empresas argentinas y la falta de financiamiento que las hace poco competitivas en el mediano plazo.

En cuanto a los servicios, las actividades relacionadas con el comercio minorista y el turismo también son privados, y eso explica la mayoría de la creación de riqueza de este sector. Hoy por hoy, el Estado argentino solo provee servicios aéreos a través de Aerolíneas Argentinas, que tiene un déficit aproximado de 4.600 millones de pesos, y de agua a través de Aguas Argentinas, que solo puede hacer la inversión que le subsidia el gobierno nacional.

El problema es que aquí los incentivos a los productores no son muy fuertes. Los duros altibajos de nuestra economía (de fiesta a resaca, y otra vez fiesta… y otra vez resaca) hacen que las inversiones de las empresas se mantengan en el nivel estrictamente necesario y que solo se avance en la medida que se consiguen fondos subsidiados por el Estado. Los estímulos que damos como sociedad son pobres. En lugar de trabajar más y organizarnos mejor para producir más, dedicamos muchos esfuerzos a proteger nuestra riqueza. Por eso, en cuanto tenemos ahorros los destinamos a

los lugares donde creemos que están seguros, ladrillos y dólares, y no donde son más eficientes.

Ahora, ¿está mal que nos protejamos? No, no está mal, porque la riqueza la hacemos los que trabajamos todos los días, y protegernos de las oscilaciones no es malo. Es solo la respuesta natural de un país que no respeta ni premia el esfuerzo cotidiano de muchos empresarios y trabajadores. Pero la Argentina tiene que recuperar su tasa de inversión, y para eso necesita menos inflación y más ahorro. Claro que si necesitamos ahorrar más, hay que consumir menos, y en estos tiempos eso no suena bien.

Al revés de lo que escuchamos todo el tiempo, el consumo no genera nada, mucho menos riqueza. El consumo, en realidad, tiene que acompañar un proceso de inversión, que es lo que genera riqueza. El ahorro, en cambio, es necesario para producir más, para invertir, para prevenir. Por eso deberíamos volver a la sabiduría de nuestros abuelos.

Más, mejor, más justo

Este famoso mito de que la Argentina es un país rico se traduce en la maravillosa fantasía de que no hay que laburar mucho (si ya somos ricos) ni hay que laburar bien (si estamos condenados al éxito…). Por lo tanto, no hay mucho más que hacer que distribuir mejor la riqueza que ya existe. El problema es que esto es mentira. Tan mentira que cada vez somos más pobres todos, aunque por supuesto unos mucho más que otros, pero todos somos más pobres, incluso los ricos. Vale como anécdota comentar que los ricos de Brasil no solo compran muchas empresas argentinas sino que también compraron Budweiser y Burger King, mientras en la Argentina seguimos vociferando contra el capitalismo y el imperialismo.

Por eso, el verdadero debate que nos debemos es cómo generamos riqueza

y cómo la administramos, no cómo repartimos algo que supuestamente ya existe (porque, les recuerdo, no existe).

Cuando se habla de distribución del ingreso en nuestro país, la derecha económica dice que ésta se derrama de forma automática en la sociedad, siempre y cuando se dejen libres las fuerzas del mercado y se permita que la economía crezca sola. Es el famoso "efecto derrame" muchas veces prometido en la Argentina y nunca cumplido. En cambio, cuando habla la izquierda económica, que hace hincapié fuertemente en la distribución del ingreso, da por sentado que lo que llega por derrame es la producción. Es decir, la producción de los bienes y servicios llega de alguna manera. O sea, la derecha hace énfasis en el crecimiento y la izquierda en la distribución, pero ambas tienen en común que el problema se resuelve de cierta manera solo.

Estas posiciones son extremas, claro, aunque la verdad es que ni la distribución del ingreso está dada ni el nivel de producción está dado. Para mejorar e incrementarse, ambos necesitan del trabajo de los individuos y del incentivo de las instituciones. Para tener un stock de autos, por ejemplo, hay que fabricarlos todos los años, y para eso a su vez hay que producir hierro todos los años, lo cual implica un alto consumo de energía, que también hay que salir a generar. Otra vez, trabajo y esfuerzo. Nada fácil pero tampoco nada imposible.

¿Es justo que Steve Jobs haya tenido en su momento la fortuna que tenía?
Claro que sí, porque él creó Apple y nosotros, no.

Y a los que se cuestionan por qué Fulanito tiene un Audi y ellos no, yo les pregunto: ¿es justo que Steve Jobs haya tenido en su momento la fortuna que

tenía? Claro que sí, porque él creó Apple y los demás, nosotros, no. ¿Y no es justo que alguien que inventó un programa que todos disfrutamos, como Google, tenga derecho a tener más plata que nosotros, que somos apenas sus usuarios? Quizá sea mucho más justo pensar que quien más soluciones aporta a una sociedad debe recibir una parte mayor de la riqueza que genera y cobrar en función de eso. De nuevo, la pregunta correcta no sería entonces si es justo que Messi gane más que el número 4 de Lanús, sino quién de los dos le genera más dinero a su equipo. Messi genera riqueza y muchos negocios, y esa diferencia es la que determina su infinito bienestar. Uno debe recibir en función de lo que da, y si quiere estar mejor, tiene que dar más.

A todo aquel que siga creyendo que este país es rico, lamento informarle que no lo es ni lo será si seguimos así. La Argentina no es un país al que le podamos sacar algo, es un país al que tenemos que darle, y ahí está nuestro mayor desafío. Tenemos que entender que hay una base muy buena, muy grande, llena de potencial, pero nos falta lograr un desarrollo sostenido. Y esto no es una tarea de una sola persona ni de un sector: es de todos.

En todo caso, la apuesta grande de la Argentina es que cuando ahorremos pensemos que la mejor opción es hacerlo en nuestra moneda y en nuestro país. Pero para eso hacen falta muchos años de políticas económicas serias, de reglas claras y de incentivos potentes.

Así, partimos del mito de que la Argentina es un país rico y desembocamos en la pregunta legítima, en la verdadera clave que se oculta detrás de esa creencia, en la genuina discusión que debe darse nuestra sociedad de cara al futuro: ¿cómo generamos más riqueza? Solo así nuestro país podrá ser más rico, y cada uno de sus habitantes (vos incluido) también lo será.

Primero generar, después distribuir. Sin lo primero, lo único que podemos distribuir es la pobreza. O sea, el problema no es solo la distribución (o la falta de) sino también, y al mismo tiempo, la producción. La riqueza es lo que se genera. La pobreza es simplemente la consecuencia de no generar ni

distribuir esa riqueza. Porque una sociedad puede ser tremendamente equitativa en la carencia, pero no es la sociedad en la que yo quiero que vivan mis hijos.

CAPÍTULO 2

Argentina potencia

“Estamos condenados al éxito”

“Si querés hacer reír a Dios, contale tus planes.”
WOODY ALLEN

¿De dónde viene esta idea tan poderosa y absurda a la vez de que la Argentina es una potencia? ¿Quién fue el primero en pronunciar esta frase tan sugestiva y encantadora, que inmediatamente pasó a la historia universal de las frases ridículas? ¿Se trata de una afirmación basada en datos ciertos y señales contundentes, o simple y llanamente de una expresión de deseos?

Uno puede estar condenado a prisión, a sufrir una enfermedad crónica, a ser demasiado alto o demasiado petiso o a pagar una indemnización. O sea, una condena es siempre algo negativo, destructivo y penoso. Entonces, ¿cómo pudo una frase así hacerse carne en nosotros durante décadas y décadas? ¿Será una consecuencia natural de la creencia de que la Argentina es rica, algo así como su efecto secundario o su daño colateral?

Una dulce condena

Sí. La idea de que la Argentina está condenada irremediablemente a ser un país exitoso surge del mito de que es un país rico. Si somos ricos por naturaleza y no tenemos que mover un dedo para serlo, entonces estamos condenados a que nos vaya bien independientemente de lo que hagamos.

Podríamos hacer cualquier tontería y nos va a ir bien. Es la fórmula del éxito ideal. Lástima que sea mentira.

Todos recordamos cuando Eduardo Duhalde, en su discurso de asunción como presidente el 1º de enero de 2002, repasó las enormes dificultades que atravesaba nuestra economía en ese momento. También nos acordamos de sus promesas: “Garantizar la paz social significa no resignarnos a transitar el camino contradictorio de ser un país rico poblado de pobres”. Y de sus vaticinios: “La Argentina, lo sabemos, lo sentimos, tiene futuro. Por eso, hoy tenemos que ser más argentinos que nunca. No lo duden, no lo duden un solo instante: la Argentina tiene futuro”. Pero fue unos meses más tarde, en otro discurso, cuando acuñó la frase de las frases, que a todos y cada uno de nosotros se le marcó a fuego: “La Argentina está condenada al éxito”.

Mientras Duhalde decía esto, la economía argentina estaba en el fondo del pozo (y nosotros con ella, cuerpo a cuerpo). Medio país bajo la línea de la pobreza y casi todos endeudados hasta los dientes... ¿Será que, en realidad, estamos condenados a acuñar afirmaciones sin ton ni son? ¿A ver siempre el vaso medio lleno para sobrellevar las pálidas?

Puede ser, pero Duhalde no fue el primer presidente (y seguramente no será el último) que se apoyó en este mito a la hora de hacer gestos para la posteridad. Ya lo había hecho Julio A. Roca cuando asumió la presidencia el 12 de octubre de 1880: “Somos la traza de una gran nación, destinada a ejercer una poderosa influencia en la civilización de la América y del mundo”. En ese momento la economía argentina estaba a las puertas del período de mayor crecimiento económico de toda su historia, pero la verdad es que eso todavía no había pasado y era simplemente una expresión de deseos.

¿Será que estamos condenados a ver siempre el vaso medio lleno para

sobrellevar las pálidas?

Lo cierto es que en esa época había un optimismo generalizado sobre el futuro argentino. En 1859, en lo que hoy es el barrio de Flores, más específicamente en la esquina de Boyacá y Rivadavia, se había firmado el Pacto de San José de Flores, que sentó las bases de la reunificación de la provincia de Buenos Aires con la Confederación Argentina. A partir de la presidencia de Bartolomé Mitre en 1862 se abrió un proceso de estabilidad política y de pacificación del país aunque con algunos alzamientos esporádicos. Finalmente, después de décadas de guerra civil, de caudillismo y desorden legal, las presidencias de Sarmiento y Avellaneda lograron avanzar en otras áreas, como la educación o la definición de las fronteras.

Las condiciones reales no daban para pensar que la Argentina de verdad fuera a convertirse en un país líder. Parafraseando a Sarmiento, estábamos saliendo de la barbarie y entrando en la civilización, pero de ahí a ser potencia había una gran distancia. Como dicen los chicos: tampoco la pavada. Pero para el momento en que Roca hablaba del destino de la Argentina a "ejercer una poderosa influencia", tenía sentido que el optimismo cotizara en alza: todo estaba mejorando.

Entre los vaivenes de euforia y "depre" que la Argentina atravesó a lo largo de su historia (cualquier parecido con la realidad actual no es pura coincidencia), la profecía de Roca se cumplió treinta años después. En 1910 los argentinos teníamos el sexto ingreso por habitante del mundo. Superábamos, al menos en esto, a Canadá, Alemania, Bélgica, Holanda y Dinamarca, entre otros países con los que todavía hoy nos damos el lujo de compararnos. El país se expandía, básicamente, empujado por una inmigración potente y un aumento notable de la población. En esas tres décadas que fueron desde 1880 hasta 1910 pasamos de ser 2.500.000 habitantes a ser 6.700.000. A esa altura ya se habían construido 28.000

kilómetros de vías férreas. Para poner esta cifra en perspectiva pensá que a mediados de la década de 1960, o sea cincuenta años después, apenas habíamos llegado a los 43.000 kilómetros y que hoy, con suerte, tenemos más o menos la misma red ferroviaria que en esos años.

Para el primer centenario de la Revolución de Mayo, entonces, las condiciones eran notoriamente diferentes a las décadas previas. Tan diferentes que activaron el germen de la idea de "Argentina potencia" y nuestra inevitable condena al éxito. No nos podía ir mal. Así de sencillo… y así de falso.

Probablemente esta sensación triunfalista tenía que ver con que los indicadores sociales también estaban mejorando. El analfabetismo bajó del 54,4% en 1895 al 37,9% en 1914 y en pocos años se dictaron las primeras leyes de defensa del trabajo, como el descanso semanal y dominical; la reglamentación del empleo de mujeres y chicos; los feriados obligatorios; la imposibilidad de embargar sueldos, jubilaciones y pensiones; la ley de accidentes de trabajo... Era, sin duda, todo un éxito pero no a causa de una "condena natural" sino única y exclusivamente gracias a la planificación y el esfuerzo conjunto de todos los argentinos.

Decime qué se siente

¿Sabías que en esos años incluso se empezó a acariciar la idea delirante de que la Argentina podía rivalizar en el futuro con Estados Unidos? No solo nos veíamos así los argentinos, que somos agrandados, lenguaraces, de hablar de más y mirarnos el ombligo. También en Estados Unidos, en Europa y en el resto de América Latina empezaban a vernos con otros ojos. Hay una extraordinaria definición de eso en un diccionario español de 1919: "Todo hace creer que la República Argentina está llamada a rivalizar en su día con

los Estados Unidos de la América del Norte, tanto por la riqueza y extensión de su suelo como por la actividad de sus habitantes y el desarrollo e importancia de su industria y comercio, cuyo progreso no puede ser más visible”. ¿Nacía una estrella? No, en absoluto.

En 1889 y 1890 Estados Unidos organizó la Primera Conferencia Panamericana para intentar aumentar el comercio con América del Sur y crear una Unión Aduanera con la región. Algo así como el bisabuelo del ALCA, que también fracasó. Es curioso que durante esa conferencia en Washington la principal oposición al anfitrión fuera la Argentina, el país sudamericano más abierto al comercio internacional. El problema era, en realidad, que la propuesta de Estados Unidos podía perjudicar nuestra relación con Europa.

En esa reunión hubo un cronista no oficial: el héroe de la independencia cubana José Martí, que por esos años estaba exiliado en Estados Unidos. Martí aprovechó su amistad con muchos de los delegados para escribir las crónicas de esa primera conferencia. El resultado fue un libro que publicó con el sorpresivo título *Argentina y la Primera Conferencia Panamericana*.

El título no es para nada menor: refleja la visión que Martí tenía sobre el papel de nuestro país en esa conferencia. El cubano destacó la acción de Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, los representantes argentinos que, según él, recibieron muestras de agradecimiento del resto de los representantes de América del Sur tal como los padres las reciben de sus hijos. ¿Casualidad? ¿Destino? ¿Condena? Nada de eso. El éxito de hacer las cosas bien.

La idea de que la Argentina estaba al filo de ser una potencia mundial terminó de prender a medida que se acercaba el Centenario. En esos años nuestra economía era, por lejos, la mayor de Sudamérica. De hecho, en 1910 representaba el 38% de la economía de toda la región. Solo dos países de habla hispana tenían economías más grandes que la argentina: España y

México, pero también tenían una cantidad de habitantes que nos duplicaba y triplicaba. Los argentinos seguimos así, orgullosos de ser la mayor economía de América del Sur, hasta 1945, cuando fuimos superados por nuestro querido vecino, Brasil. Esa pequeña cuchilla clavada en nuestro orgullo coincidió con la llegada a la presidencia de Juan Domingo Perón, que dos décadas después, cuando volvió de España durante 1973, seguía repitiendo la fórmula mágica: "Argentina potencia".

Color esperanza

La historia nos avala, entonces. Pero volvamos al mito en cuestión. Si la Argentina es rica y los argentinos podemos hacer cualquier tontería porque igual, pase lo que pase, seremos exitosos, ¿esta creencia no es acaso un llamado a la irresponsabilidad?

Pareciera que los argentinos solo tenemos que tomar lo que está ahí. Lo más interesante es que en realidad si ya somos ricos y no importa mucho lo que hagamos (total, ya somos ricos), nuestras acciones son algo neutro, indistinto, indiferente, irrelevante… y por principio nada de lo que hagamos va a interferir para que nos vaya bien. Como debe ser. Ahí se luce a pleno la famosa frase de que "estamos condenados al éxito", una frase que va con la idiosincrasia de la Argentina rica. Ahora, en un país adolescente como el nuestro, con tantas subidas y bajadas, con una economía en default, 40% de inflación anual y un cepo para que la gente no compre dólares… ¿de verdad podemos creer que hagamos lo que hagamos nos tiene que ir bien porque somos un país "que lo tiene todo"? ¿Se puede ser tan adolescentes y querer tapar el sol con las manos?

Nadie está condenado a que le vaya bien sí o sí, caiga quien caiga y

cueste lo que cueste.

Los argentinos somos muy emocionales, nos excedemos mucho y nos deprimimos mucho. Pensamos en el corto plazo, no miramos más lejos de lo que nos pasa en el momento y nos comportamos (incluso sentimos) como si fuésemos niños o púberes que no entienden que cuando uno hace las cosas mal, por lo general le va mal. Porque nadie está condenado a que le vaya bien sí o sí, caiga quien caiga y cueste lo que cueste.

Obviamente no se pueden trasladar modelos para aprender a hacer las cosas bien. Por ejemplo, los argentinos tenemos un componente latino y no podríamos adoptar nunca los sistemas de producción alemán o japonés, que son muy rígidos. Simplemente no los toleraríamos. Pero Australia, por ejemplo, es un país con el que podríamos identificarnos. Es muy parecido a la Argentina, con mucha inmigración, mucho territorio, muy poca población; con agricultura, minería. Australia es enorme, tiene más de 7,7 millones de kilómetros cuadrados pero la mayor parte es absolutamente inhabitable. Es un desierto extensísimo. Tiene apenas 22 millones de habitantes y un PBI per cápita de casi 65.000 dólares por año. Exporta por 264.000 millones de dólares e importa por otro tanto. Su PBI total es 1,4 billones de dólares, es decir, tres veces el PBI de la Argentina. Es un país que lleva la friolera de veintidós años de crecimiento sostenido de su economía, con un promedio del 3% anual. Nada de esto es un milagro. Es el resultado de entender que el mundo es una oportunidad, y que aprovecharla requiere esfuerzo y trabajo.

Una de cal… y otra de cal

La idea de que la Argentina está condenada al éxito, en cambio, nos da una

impronta de inercia e impunidad muy grande en dos sentidos. El primero es que nada de lo que hagamos es importante. No es importante si sos una persona que sabe mucho, que estudió, que puede tomar una buena medida o romperse el lomo trabajando, o si sos un tipo que en realidad no sabe mucho, que vive de ser un chanta, y al que en realidad nada más que su bienestar le importa demasiado. ¿Para qué, además? Si en realidad hagas lo que hagas te va a ir bien, si estás condenado al éxito. Entonces el saber y el conocimiento no hacen una diferencia fundamental. Es lo mismo si el presidente del Banco Central es un tipo que sabe "algo" de economía o un tipo que trabajó toda su vida en el sistema financiero, que sabe cómo funcionan los bancos, que conoce y es parte de la historia en la política monetaria. Da lo mismo si el ministro de Agricultura es un diputado de una ciudad de la provincia de Buenos Aires o alguien que se la pasó trabajando en instituciones vinculadas con el campo, que caminó pasillos y salones de organismos internacionales, que sabe de qué está hablando. Todo es lo mismo. Porque hagas lo que hagas estás condenado al éxito. Por eso la meritocracia no tiene demasiado sentido en la Argentina. Andá tranquilo, te va a ir bien.

La otra cara de la impunidad que nos da la condena al éxito es la falta de responsables. No hay nada que vos ni yo podamos haber hecho tan mal que nos vuelva parte, en alguna medida, de un fracaso de la Argentina. Porque, total, la Argentina se recupera y la Argentina tiene capacidad de levantarse y la Argentina tiene una capacidad impresionante de renacer de las cenizas, y… Entonces no es tan importante hacer bien las cosas, ni evaluarlas, ni medirlas. Si total nos va a ir bien.

No estamos condenados al éxito. Si tomás decisiones erróneas o mediocres, ¡te va a ir mal!

Pero lo cierto es que en realidad no nos va bien y que nos pasamos la vida poniendo excusas. Entonces no estamos condenados al éxito. Estamos condenados a ser lo que como sociedad elijamos ser y a las decisiones que nos animemos a tomar. Si tomás decisiones erróneas o mediocres, ¡te va a ir mal! Porque lo que no se mide, no se gestiona. Y lo que se mide mal, se gestiona mal. Y tenés que hacerte cargo de eso, así como no vas a ser rico sin hacer nada ni estás condenado al éxito porque sí.

Tampoco es lo mismo que las decisiones las tomen personas que están formadas y capacitadas o personas con una idea muy vaga de lo que deben hacer. No es lo mismo. Por supuesto que no estoy hablando de una sociedad de elite. Estoy hablando de una sociedad que valora a la gente que sabe más, que estudia, se esfuerza y progresa. Vamos a retomar este punto más adelante, pero en la Argentina últimamente hay un desprecio muy grande por el estudio y el conocimiento, y eso es un problema. Eso pasa porque también hay una convicción muy grande de que el esfuerzo ya no es el camino importante a seguir… total, nos va a ir bien. Y en el camino perdemos mundiales de fútbol con los mejores jugadores del planeta. Tenemos una falta crónica de dólares mientras el resto del mundo no sabe qué hacer con ellos. Tenemos Vaca Muerta, que es pura energía, pero vivimos acosados por la crisis energética. No somos un país normal. Pero acá ya lo sabemos: la Argentina es muy especial.

CAPÍTULO 3

No sé lo que quiero pero lo quiero ya

“Necesitamos líderes fuertes”

“Por justicia, debemos ver a Don Corleone.”

EL PADRINO

La Argentina no es un país normal, y por eso vivir acá es tan complicado. Todo lo que nos pasa ahora ya pasó antes, más de una vez. No es nada nuevo. Y eso no es lo peor, todos los que tenemos más de cuarenta años sabemos que va a volver a pasar. Las generaciones más jóvenes sienten que todo lo que ocurre es una novedad, y muchos de ellos se asombran, pero los que tenemos más experiencia ya lo vivimos. Son películas repetidas.

Una de esas películas repetidísimas que los argentinos no nos cansamos de ver, una y otra vez, es el líder fuerte y poderoso que nos salva del desastre. En la Argentina escuchamos hablar todos los días del peronismo, el kirchnerismo, el menemismo, el alfonsinismo… Estamos tan acostumbrados a pensar en términos de los hombres y mujeres que guían nuestros destinos que no nos damos cuenta de que, en realidad, este hábito nuestro es algo muy extraño. ¿Acaso escuchás hablar de la misma forma de “obamismo”, “clintonismo”, “merkelismo”, “berlusconismo” o “bushismo”?

Esperando al mesías

En la política argentina abundan, más bien sobran, los “ismos”. Estamos

rodeados de movimientos creados en torno a los líderes políticos. De hecho, no es raro que en las oficinas de los funcionarios del Estado haya una foto gigante de uno o dos líderes políticos. Esto no pasa en otros sectores. ¿Cuántas veces viste en la oficina de un gerente de banco la foto de su jefe junto a la de SanbMartín, o en la caja registradora, inspirando a la cajera del supermercado, la foto del dueño de la empresa?

Pasa que en la Argentina tenemos una tradición bastante mesiánica. O sea, tenemos la ilusión de que un líder fuerte nos va a llevar de la mano hacia un país mejor. En gran medida, esta idea es una consecuencia directa de la frustración que viene con el mito (la mentira, podríamos decir a esta altura) de que la Argentina es un país rico. Porque si somos ricos y estamos condenados al éxito, queremos los resultados ya. No creemos que haya que invertir tiempo para lograrlos. No tenemos paciencia. Por eso, a la primera de cambio preferimos poner nuestro futuro en manos de dirigentes que suelen hacernos promesas delirantes, en lugar de laburar para construir con esfuerzo y paciencia las instituciones que cualquier país normal necesita.

Y si la Argentina es efectivamente un país rico y los argentinos estamos condenados al éxito, ¿por qué no nos encontramos disfrutando de nuestra riqueza en este preciso momento, en lugar de estar contando los pesos que necesitamos para llegar a fin de año y los dólares que querríamos comprar para ahorrar?

Si somos ricos y estamos condenados al éxito, queremos los resultados ya. No tenemos paciencia ni queremos invertir nuestro tiempo en lograrlos.

Lo cierto es que la Argentina no es pobre, pero tampoco se comporta como una economía rica. El problema es que la realidad que vivimos no se condice con el mito en que creemos. Esto abre la puerta a que nos entreguemos casi

ciegamente a líderes muy fuertes, que nos marcan la cancha y nos dicen cómo llegar más rápido al éxito al que estamos condenados para ser al fin la potencia que nos merecemos ser. Pero nada es gratis. Los liderazgos fuertes viven a costa de instituciones débiles. Este es un juego de suma cero. Lo que gana uno, lo perdemos los demás.

Esa pulseada tampoco es nueva en nuestro país. Es otra película que vimos un montón de veces. Pensá que a mediados del siglo XIX Sarmiento ya hablaba de "civilización o barbarie", instituciones o caudillos. En ese momento era Facundo, el primer *personalismo* célebre de nuestra historia, el que representaba la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan. Pero Quiroga fue solo el primero de una larguísima lista de líderes a los que les pedimos resultados y rapidez. Algo imposible. ¿Y qué nos piden ellos a cambio? Otro imposible, que sigamos así y deleguemos el poder en ellos, porque solo ellos nos pueden llevar hacia el éxito.

Lamento decirte que las instituciones funcionan al revés, se construyen con tiempo y mucho esfuerzo. Y suelen molestar a los líderes fuertes. Es inevitable que eso pase porque una república, por definición, es la separación del gobierno en tres poderes que se equilibran y se controlan mutuamente. Esto no es tan extraño, es algo que casi todos aprendemos de chicos cuando jugamos a "piedra, papel o tijera": la piedra rompe la tijera, la tijera corta al papel y el papel envuelve a la piedra. O sea, ninguna tiene poder absoluto, nunca. Y si querés poder absoluto, tenés que cambiar de juego.

La ley de la selva

Todas las instituciones, sean formales, culturales o sociales, ordenan la vida de las personas y reducen la discrecionalidad de los gobernantes. Esto es

lo que nos permite hacer negocios, que los empresarios contraten gente, que saquemos una hipoteca, se construyan casas y haya inversiones. Cualquiera de estas cosas, en general, tiene un riesgo y un beneficio potencial que lo compensa, como todo en la vida.

Es obvio que poner un negocio es riesgoso. Puede salir mal y el que se embarcó en él puede perder la plata y el tiempo que invirtió. Un productor agropecuario puede ganar menos de lo que había calculado si el precio de la soja cae o China nos compra menos. Un productor de vinos tiene en mente que la gente puede preferir tomar más cerveza en verano o que el marketing de la competencia puede sacarle clientes. Sobran las anécdotas de malos negocios y de emprendimientos que fracasaron. Pero también hay historias fantásticas de tipos que la rompieron y ganaron mucho más de lo que pensaban. Todo eso es parte de hacer negocios, acá y en cualquier parte del mundo.

Lo mismo pasa cuando alguien contrata a una persona o cuando dos personas se asocian, arman una emprendimiento, se casan o hipotecan el departamento. Todo en la vida tiene un riesgo pero la idea, en un país normal, es que esos riesgos sean lo más bajos posible. Para eso están las instituciones.

Esto también vale para las instituciones menos formales. Hacer fila, por ejemplo, es una institución tremendamente arraigada en nuestra cultura. Los argentinos somos ordenadísimos para esperar nuestro turno en una “cola”. Tenemos esta costumbre tan asumida que, en general, el que quiere colarse en una fila suele pasarla mal. Pero no todas las culturas institucionalizan este hábito. En China, por ejemplo, simplemente no existe la idea de hacer fila. Cada uno se las arregla como puede, y los tímidos salen perdiendo.

Si la economía fuese un partido de fútbol, las instituciones serían las reglas, los arcos, las líneas, el césped y hasta los banderines (y si seguimos con la analogía, el árbitro y los jueces de línea serían nuestros gobernantes, personas que designamos para facilitar el juego, no para que se corten solos

ni para que se adueñen de la pelota). Sin todo esto, los jugadores quedan librados a su suerte. Es obvio que el más fuerte tiene las de ganar, a menos que los demás se pongan de acuerdo en pararle la pelota y acuerden unas reglas mínimas. Si no lo hacen, la calidad del espectáculo va a dejar mucho que desear, y lo más probable es que los resultados no sean del todo justos.

Por supuesto que en el fútbol, como en la vida y en los negocios, el riesgo y la suerte son parte de la ecuación pero eso es algo que todos aceptamos porque sabemos que hay límites. Lo inaceptable es que un árbitro altere el resultado porque se le ocurre (o porque le pagaron), que las líneas estén tan borradas que no se pueda saber si le hicieron un penal al delantero más habilidoso de la cancha, o que el arquero agarre la pelota con la mano fuera del área y salga jugando como si nada.

Ya lo sabemos: si no hay instituciones, los que más pierden son los más débiles. Esto es una película repetida en la Argentina.

Pasa que, justamente, cuando las instituciones son débiles o casi inexistentes, reina la ley del más fuerte. Y si lo que vale es la fuerza, no hay condiciones para que se forme una fila y todos esperemos nuestro turno en orden, respetando a los demás, o de que nuestro equipo tenga que meter goles para ganar. Cuando hay fuerza y no hay ley, nos pasa lo mismo que cuando llega la mesa dulce en los casamientos. Los indecisos se quedan a un costado sin nada, algunos decididos logran manotear un pedazo de torta, y los eufóricos, a fuerza de codazos y empujones, se quedan con lo mejor de la mesa. Para decirlo sencillo, cuando no hay instituciones, los que más pierden son los más débiles. Esto también es una película repetida para los argentinos.

Toma todo

De hecho, desde que se creó la Constitución Nacional en 1853 hasta nuestros días pasaron más de 160 años, y en todo este tiempo no pudimos construir instituciones sólidas. Es cierto que durante la mayor parte del siglo XX los golpes militares arrasaron con cualquier intento de normalidad y que desde la vuelta de la democracia mejoramos muchísimo en el respeto a las reglas. Pero, hoy en día, ¿te animarías a poner las manos en el fuego por instituciones tan básicas como la justicia o la moneda?

Los argentinos confiamos más en los personalismos. Sobre todo cuando enfrentamos una emergencia económica y nuestros líderes nos juran que necesitan poderes excepcionales para sacarnos del barro y darnos el oro. Si repasamos nuestra historia económica reciente vas a ver que estamos llenos de superhéroes con superpoderes… pero la Argentina no se convirtió en Australia. ¿Raro? No tanto. Más bien, otra película vieja.

Esto pasó, pasa y seguramente seguirá pasando porque tenemos muchos candidatos a líderes pero todavía no tenemos algunos acuerdos básicos en política de que hay ciertas cosas que no se tocan. Por ejemplo, la inflación. Se puede distribuir un poco más, gastar de una forma u otra, pero no se le puede dar todo a todo el mundo porque si lo hacemos tenemos que fabricar la plata, y eso genera inflación. La economía necesita ciertas reglas básicas para poder funcionar, y eso en la Argentina no pasa. En América Latina todos los países lo aprendieron, salvo nosotros y Venezuela… Al menos en eso no estamos solos.

El secreto de mi éxito

La Constitución argentina se escribió pensando en que nadie tuviera nunca los tres poderes en sus manos, ni gozara de facultades extraordinarias o reuniera la suma del poder público. Para ello no había otra opción que tener instituciones pero nuestra historia fue bastante diferente. Ahora, ¿esto es resultado de que los argentinos elegimos mal porque no aprendemos nunca, o hay algo en el sistema que nos estimula a acumular personalismos? Dicen que el sistema político y electoral argentino es algo así como la fórmula mágica de la concentración de poder. Si a eso le agregamos una buena ración de ciclos económicos de grandes euforias y grandes bajones que requieren medidas de emergencia, la receta es imbatible. *Winner takes it all*. El espíritu fundacional al palo. O sea, los argentinos somos un poco de malas elecciones y un poco de malos incentivos del sistema.

Te doy un ejemplo. En Estados Unidos, el presidencialismo está compensado por un voto legislativo de tipo único, como es el voto por circunscripciones. ¿Qué quiere decir? Que cada distrito elige un solo legislador, no una larga boleta llena de candidatos, y que el ganador que ocupa la banca se la tiene que bancar. O sea, los legisladores tienen más poder en el Congreso y más margen de maniobra dentro de sus partidos. Olvidate de que los representantes del partido que gobierna puedan dar explicaciones al estilo “Es una orden de la Casa Blanca”. O de que los senadores opositores acompañen la votación de una ley oficialista.

En la Argentina, en cambio, tenemos una mezcla atípica. Acá se junta el sistema presidencialista con un sistema proporcional y con la “lista sábana”: todos los candidatos de un mismo partido, para todos los puestos, están en una sola hoja, grande y larga como una sábana. Así, diputados, senadores, intendentes, gobernadores, todos dependen de la cantidad de votos que consiga la boleta del partido (que suele ser la boleta del líder mayor). Y nosotros solo elegimos la sábana, no a quienes duermen en ella. A lo sumo, los más atrevidos que quieran votar a diferentes partidos para los diferentes

cargos deberán ir con tiempo, una tijera afilada, paciencia de artesano y mucha práctica de collage.

Cada vez que alguien asume el gobierno en la Argentina se cree que puede fundarlo desde cero… y lo termina fundiendo.

El resultado está cantado. Disciplina partidaria, mayorías automáticas y líderes capaces de domar a los pocos rebeldes. Por eso, cada vez que alguien asume el gobierno en la Argentina se cree el dueño del país, cree que puede fundarlo desde cero… y lo termina fundiendo. Repasá, si creés que exagero, cuántos líderes y sus respectivos "ismos" tuvimos en los últimos treinta años. Y cuando termines de contar, decime si la película que vemos hoy no es recontra vieja.

Hay un costo, claro, porque siempre hay costos en todo lo que hacemos. Pero los argentinos, que creemos en nuestro destino de grandeza hagamos lo que hagamos, aceptamos como un mal menor que los líderes sean extraordinariamente poderosos. Quizá creemos que las políticas de Estado son un tecnicismo que no capta nuestro espíritu ganador. O que no hay tiempo de pensar en los próximos treinta años porque la vida hay que vivirla ahora. La cuestión es que necesitamos resultados instantáneos porque no podemos esperar. Pero lamento decirte que un país se cocina a fuego lento… o se quema.

CAPÍTULO 4

Yo no tengo la culpa

“Los otros nos roban nuestra riqueza”

“Un gran poder conlleva una gran responsabilidad.”
EL TÍO DEL HOMBRE ARAÑA (…y Franklin D. Roosevelt)

Si somos ricos, estamos condenados al éxito y tenemos líderes dispuestos a llevarnos por atajos hacia nuestro destino de grandeza, ¿por qué estamos como estamos? ¿Será que estamos como somos? ¿O no conseguimos lo que merecemos porque alguien envidioso se interpone en nuestro camino? Seguro es esto. Alguien nos está perjudicando. ¡Nos están robando lo que es nuestro!

Las multinacionales, el FMI, Estados Unidos, el imperialismo, los políticos, los militares, el neoliberalismo, las corporaciones, los gorilas, los grupos concentrados, los ricos, los que no laburan, los inmigrantes, los que emigran, la oposición, los federales, los unitarios... el mundo entero en contra. Los muchachos de Les Luthiers tienen una frase perfecta al respecto: “Equivocarse es humano. Echarle la culpa a otro es más humano todavía”.

It’s the economy, ¡estúpidos!

Para que la economía funcione necesita certezas políticas, pero en la Argentina todavía no logramos ponernos de acuerdo en lo básico. En cambio, explicamos las incertidumbres y los bajones señalando a los que estaban antes, a los que quieren llegar, incluso a los que miran de afuera. O sea, en

lugar de producir riqueza nos la pasamos discutiendo cómo sacársela al que la tiene, al que supuestamente se quedó con lo que nos corresponde.

Sin hacer psicología de colectivo, lo cierto es que enfocarnos en los supuestos culpables de que a la Argentina no le vaya lo bien que debería es malgastar nuestras energías, no hacernos cargo de la parte que nos toca y no laburar para cambiarlo. Y así los argentinos somos la única especie que tropieza mil veces con la misma piedra y vuelve a caer en los mismos problemas de siempre: la inflación, el dólar, el déficit fiscal...

La economía es una ciencia social, tan humana y en permanente evolución como cada uno de nosotros. Y si las personas no son las mismas a través del tiempo, las sociedades tampoco. Por eso la economía esbdinámica, y nosotros debemos estar en constante aprendizaje para vivir lo mejor posible. Pero esto, que es muy humano, es muy poco argentino.

La búsqueda de culpables en la historia argentina no es nueva. Los unitarios consideraban bárbaros a los federales y ellos les respondían acusándolos de salvajes. Sin ponerse de acuerdo, y cargando las tintas en los otros, nuestro país desperdició casi medio siglo en peleas internas. Recién a fines del siglo XIX la política argentina ganó en certidumbre y la economía pudo hacer lo que tenía que hacer en ese momento: abrirse al mundo.

Entre 1880 y 1913 el comercio internacional de nuestro país (o sea, todos lo que exportamos e importamos) llegó a ser, en promedio, el 30% del PBI de la Argentina. En la primera década del siglo XX incluso crecimos a un ritmo impresionante del 8,1% anual. Lo que hoy llamaríamos tasas chinas. Pero en la década de 1930 el mundo cambió. La crisis de 1929 y las dos guerras mundiales nos movieron el piso y la Argentina no supo cómo adaptarse al nuevo sistema internacional. Perdimos nuestro lugar en el mundo, y así seguimos, con picos de euforia y bajones hasta hoy.

Les Luthiers tienen una frase perfecta:
“Equivocarse es humano. Echarle la culpa a otro es más humano todavía”.

Cuando empezó la guerra en 1914, las exportaciones argentinas cayeron 22% y cuatro años después, al terminar el conflicto, el comercio de nuestro país con el exterior ya se había reducido unos 8 puntos. Así y todo, el PBI creció en promedio 6,5% por año hasta que la crisis del 30 y un mundo más proteccionista que nació de ese derrumbe internacional nos pasaron por encima. Entre 1929 y 1933 el PBI argentino cayó 2,5% por año y el comercio exterior pasó a representar apenas el 17% del PBI, casi la mitad de lo que había sido dos décadas antes. Con la Segunda Guerra Mundial cayó al 10% y en la década siguiente representó apenas el 7% del PBI. O sea, en menos de cuarenta años nuestro modelo de relación con el mundo a través del comercio se cayó por la borda. Nos convertimos en una especie de Titanic de la economía mundial.

La segunda posguerra dejó el crecimiento de la economía mundial en manos de Estados Unidos, la nueva potencia triunfante, y de Rusia, una potencia más política y militar que económica. En este nuevo modelo basado en las reglas que imponían esas dos naciones, a muchos países del sur del planeta claramente les costó encontrar un lugar donde desarrollarse. Las crisis fueron la nota característica de los países en desarrollo durante varios años, con crecimientos económicos más bien amarretes, picos de crecimiento abrupto y bajones recurrentes que muchas veces los devolvían a situaciones previas peores.

Todo aquel que haya hecho un curso de administración sabe que el ideograma chino de crisis es la combinación de dos símbolos, el de peligro y el de oportunidad. Y la Argentina, como país conservador que es, tiende a ver toda crisis como un peligro y nunca como una oportunidad. ¿Qué quiero

decir? Que esa crisis de nuestra forma de relacionarnos con el mundo podría haber sido asumida como una oportunidad. Pero la Argentina, que atrasa en sus interpretaciones, se quedó en el pasado y la dejó pasar. El país dejó de crecer a medida que la economía se cerró.

Es cierto que la situación internacional condicionó a los gobiernos argentinos pero la incapacidad de adaptarnos fue mérito propio. Nuestro país no logró pasar del esplendor adolescente a las exigencias de la adultez a medida que el mundo cambiaba porque la economía es una ciencia viva, una película, no una foto. Lo que funcionó ayer puede no hacerlo hoy o mañana. Por eso hay que estar preparados para saber cuándo cambiar, y la Argentina no lo estuvo. En cambio, ¿qué hicimos los argentinos cuando el viento empezó a soplar en contra? ¿Repensamos nuestra estrategia? No, buscamos un chivo expiatorio y dimos el primer golpe de Estado el mismo año en que la economía se derrumbó por primera vez. Seguimos pensando en un mundo que ya no existía y no vimos el mundo que venía.

Hagamos un parate en este breve intento de revisión histórica. Decime, con una mano en el corazón, ¿no te pareció, mientras leías estos párrafos, que ya viviste esta historia varias veces? Los argentinos estamos en la película *El día de la marmota*. Las situaciones se repiten una y otra vez, solo que no aprendemos. Seguimos haciendo lo mismo y cometiendo los mismos errores como si fuera la primera vez que nos pasa. Podríamos cambiar las fechas, los personajes, la forma de relatar cada momento, pero en el fondo es lo mismo. ¿Sabés por qué? Porque somos cíclicos, evolucionamos en forma de olas, bien arriba y bien abajo. Y no nos cansamos de llegar tan alto ni de caer tan rápido.

¿Esto nos pasa a los argentinos exclusivamente? Obvio que no, pero no saber planificar, no reconocer esos ciclos, no asumir las responsabilidades (y solo buscar culpables), no ahorrar en las épocas buenas para tener reservas y no saber gastar en las épocas malas… todo eso marca la excepcional

profundidad de nuestros picos de euforia y nuestros tremendos bajones.

Los argentinos vivimos en la película *El día de la marmota*. Las situaciones se repiten una y otra vez, solo que acá no aprendemos.

Pensá que los países desarrollados crecen al 3% en los años buenos y más o menos 0,5% en los años malos, mientras que en la Argentina saltamos al 8% en nuestros mejores años y nos caemos a la mitad, o menos, en los peores. Eso es lo que más duele, no los cambios en sí sino la incertidumbre que nos causan esos vaivenes tan grandes. Si estuviéramos en una sesión de análisis, nuestro terapeuta nos diría que el problema no es lo que nos pasa en la vida sino lo que hacemos con eso que nos pasa. ¿Y nosotros qué hacemos? Les echamos la culpa a los demás.

Un mundo de oportunidades

Mientras los argentinos seguimos mirándonos el ombligo, ensimismados en nuestras excepcionalidades, el mundo no deja de moverse. De hecho, en los últimos quince años volvió a cambiar radicalmente. Casi el 75% de este cambio lo explica el crecimiento de los países emergentes, muchos de ellos con tasas de crecimiento del PBI que en promedio superaron el 8% anual. Con avances y retrocesos, este es el nuevo mundo de los próximos años. Tendrá sus contradicciones y sus caídas (nada es lineal en el ser humano) pero está claro que entramos en una nueva etapa del planeta empujado por los países pobres. Y todo indica que es mejor que uno tirado por los ricos.

Para que este crecimiento pueda sostenerse, los países emergentes que están empujando el mundo necesitan tres elementos de base. Primero,

alimentos. Segundo, minerales para construir caminos, puertos, edificios, herramientas, aviones, autos, maquinarias, cables, hospitales, escuelas y un larguísimo etcétera. Tercero, energía para poder mover y transportar todo lo que se produce y se consume. Latinoamérica tiene la capacidad de proveer esos tres insumos, y durante la última década esto coincidió con que los precios internacionales de los alimentos, los minerales y la energía aumentaron año tras año.

La Argentina es uno de los países con mayor potencial para generar excedentes enormes en estos tres rubros. Primero, somos grandes exportadores de soja y podríamos serlo de otros alimentos si se tomara la decisión política de hacerlo. Segundo, lentamente estamos comenzando a explotar nuestros recursos mineros. Como siempre que se inicia algo en la Argentina se ven primero las consecuencias negativas y no las positivas, pero la producción de oro, plata, cobre, manganeso, litio o uranio, por nombrar solo algunos minerales, tiene un gran futuro. No solo porque los necesitamos para nuestro desarrollo sino porque tienen un mercado externo cada vez más grande. El punto más débil es el tercero. La Argentina no es un país petrolero ni gasífero, aunque tiene ambos recursos, y con estímulo y exploración podría agrandar su base.

Es obvio que esta situación no se entiende sin el nuevo gran jugador del planeta: China. El gigante asiático necesita cada vez más alimentos, minerales y energía. Esto es lo que pueden proveer países como el nuestro, que a la vez se beneficiarían al adquirir bienes industriales a precios muy bajos, mejorando la calidad de vida de nuestros habitantes. Pero para seguir beneficiándose de este cambio de escenario mundial, la Argentina antes tiene que ordenar su economía. Eso requiere que se establezcan algunos consensos políticos básicos que ahora no existen. Claro que acá todavía estamos viendo otra película, y en lugar de asumir los riesgos y los beneficios de pensar una estrategia de largo plazo, seguimos gastando las energías en nuestros

enemigos imaginarios. Como alguna vez dijo el *Financial Times*, la Argentina nunca pierde la oportunidad de perderse oportunidades.

Ojalá alguien estuviera conspirando contra nosotros. Significaría que existimos para el mundo.

¿Acaso los demás tienen la culpa de esto? ¿De verdad el mundo conspira contra nosotros y por eso nos va mal? ¿Tan importantes somos? No. Falso total. El problema de la Argentina no es que tengamos el mundo en contra sino que, en algún sentido, somos intrascendentes. Así de simple. Ojalá alguien estuviera conspirando contra nosotros. Significaría que existimos. Pero la verdad es que somos muy poco importantes para el mundo. Si vemos los discursos más recientes en Naciones Unidas, la mayoría de los presidentes habla de la guerra en Siria con el Estado islámico, de la crisis del ébola, de la bolsa china. Pero de los fondos buitre y la Argentina, en cambio, habla un solo presidente.

Hecha la ley, hecha la trampa

Yo cumplí cincuenta años y en ese lapso vi caer bancos y quebrar empresas, vi empresarios devenidos en pobres y hasta amigos de toda la vida empezando de nuevo. Pero en todos estos años me faltó ver caer por mala praxis a funcionarios que tenían el deber de controlar y a dirigentes responsables por sus actos de gobierno. No digo presos, pero al menos multados por su mala calidad de gestión. Nada.

Una vez, antes de abordar en Mendoza un vuelo de regreso a Buenos

Aires, un amable guardia de seguridad del aeropuerto me hizo la típica pregunta que tanto me gusta: “¿A cuánto ves el dólar a fin de mes?”. Le siguió mi respuesta, también típica: “¿Sabés hace cuánto que no veo un dólar?”. Finalmente procedió —pidiendo disculpas por hacerlo— a sacar mi pasta de dientes del equipaje y a retirar el pequeño cordón con que estaba atada una caja con vinos que traía como recuerdo mendocino. Lo que más me dolió fue que abriera el regalo de la gran bodega que había pagado mi conferencia y me quitara el sacacorchos que tanto necesitaba.

Me explicó que tenía que seguir esas reglas, o de lo contrario el aeropuerto se arriesgaba a una multa, aunque admitió que estaba de acuerdo en que las medidas eran absurdas: “En teoría, con el cordón podrías ahorcar a alguien, y vaya a saber qué hay dentro de esa pasta de dientes”. El proceso de seguridad en un aeropuerto es un excelente ejemplo de regulación inútil. Los guardias dedican su atención a seguir reglas escrupulosamente, se aseguran de que el pasajero se quite los zapatos, de que los líquidos en el equipaje de mano no excedan los cien mililitros por envase y de que no haya alicates u otras “armas peligrosas” al alcance del pasajero. ¿Nos brindan mayor seguridad estas medidas? Sin duda, no. Probablemente incluso distraen la atención de quienes deben controlar. A esta altura, si fueras un terrorista empeñado en derribar un avión seguramente evitarías poner tu explosivo en los zapatos. O si quisieras ahorcar a alguien, no contarías con el cordón y evitarías que el alicate fuera el elemento esencial en tu plan letal.

No podemos echarle la culpa de nuestros propios fracasos a nadie. Tenemos que hacernos cargo. Pero esto es muy poco argentino.

En términos de regulación financiera pasa exactamente lo mismo. Las reglas son cada vez más complejas y cada vez más obtusas. Manuales

inmensos colmados de planillas para llenar y metodología para archivar. Si leés un informe de análisis económico o financiero de alguna empresa hecho por un banco, vas a notar que la sección de “disclaimers” (el lenguaje que exime de responsabilidad a quien lo escribe) y la que indica los riesgos que uno asume es cada vez más larga. No es raro que sea aun más larga que el propio análisis. No es caprichoso, quiero decir, como no es caprichoso lo que pasa en el aeropuerto. O como dice el amigo Jorge Suárez Vélez: “Llevo décadas en el medio pero no recuerdo jamás haber leído esta sección, no sé de nadie que la haya leído, y sí sé que mientras ésta más crece, menos probable es que alguien la lea y, por ende, es cada día más inútil. ¿Para qué sirve? Para que si algo horrible te ocurre al invertir, el intermediario pueda señalarla y decirte que ahí decía que podías perderlo todo”. Sin embargo, la leyenda escrita es idéntica se trate del bono más seguro del mundo o de la inversión más peligrosa y radiactiva. La finalidad del lenguaje, a los ojos del banco, es simplemente blindarlos a ellos, a los emisores y al analista de un litigio potencial. El potencial inversionista (¡vos!) queda tan descubierto y tan en riesgo como antes, pero la regulación ya alertó al banco sobre cómo evitar su parte de la responsabilidad.

No estoy diciendo que esto ocurra solo en la Argentina sino que acá adquiere características particulares. El ser humano es complicado, somos todos muy diferentes y muy iguales. Por eso es bueno marcar reglas de juego claras y permanentes. Es necesario controlar que estas reglas se cumplan y también es esencial garantizar nuestras libertades. De hecho, yo creo que uno de los aspectos principales de la vida del hombre es la libertad. Vivir en libertad es fantástico. Ahora bien, la libertad viene con responsabilidad. Ser libre es lindo pero hay que hacerse cargo de uno mismo y de lo que uno hace, y eso es muy difícil porque no podemos echarle la culpa de nuestros propios fracasos a nadie. Tenemos que hacernos cargo, pero esto es muy poco argentino. Normalmente los argentinos echamos la culpa a los otros de lo que

nosotros mismos hacemos o dejamos de hacer, y esto tiene que ver con el respeto porque para ejercer nuestra libertad no podemos avasallar al otro. Eso implica respetarlo y asumir lo propio.

¿Qué quiero decir? Que los valores son los mismos para cualquier sociedad. Libertad, solidaridad, respeto, esfuerzo y responsabilidad. Hacen a la vida y a la convivencia, y la economía es parte de nuestra vida. No funciona sin esos valores.

CAPÍTULO 5

El país más europeo de América Latina

“Somos un pueblo educado”

“Educar es más difícil que enseñar
porque para enseñar usted necesita saber,
pero para educar se precisa *ser*.”
QUINO

La Argentina tiene cinco Premios Nobel. Los argentinos somos los más formados de América Latina. A los argentinos que se van a vivir al exterior les va muy bien. Todo argentino que se precie cree, de verdad, que somos el pueblo más educado de la región y que cuando salimos al mundo la rompemos. Otra mentira importante… y vamos cinco.

Es cierto, la Argentina tuvo un gran pasado educativo, pero hoy no es más que eso, pasado. Ya no somos un gran pueblo educado y los Sarmientos que pueblan estas tierras se cuentan con pocos dedos. La fama de la educación argentina, forjada en un gran pasado, es un mito que ya no resiste análisis. Hoy en día ni siquiera es buena en comparación con lo que pasa en la región y, además, está en picada.

Invertir en materia gris

Las sociedades son cada vez más complejas, cada vez más competitivas, y cuanto menos formación tengas, menos vas a saber y peor te va a ir en la

vida. Si no estudiás, tu vida va a ser mediocre. Y si querés progresar en la vida, tenés que estudiar, algo, lo que sea. Esta relación es bien directa.

La vida en sí es compleja, y el estudio es lo único que te da la posibilidad de trabajar, de mejorar, de ser jefe… Muy pocas personas que no hayan estudiado pudieron ser jefes. Es muy difícil que a un tipo que no estudia le vaya bien. Obviamente siempre hay casos en que eso pasa pero son la excepción, no la regla. En cambio, te aseguro que el tipo que sabe porque estudia, también sabe cómo liderar los cambios.

Pensá que la vida en países como el nuestro dura cada vez más. Nuestra esperanza de vida hoy es de 74 años. O sea, tenés aproximadamente 45 años de trabajo y si no estudiás (y con estudiar quiero decir estudiar algo que te guste, que te despierte pasión, que te dé ganas de aprender), vas a pasarte esos 45 años laburando en lo mismo.

Yo me propuse ser universitario porque quería que me fuera bien en la vida, y para eso hay que estudiar. Hoy todavía disfruto estudiar, y sigo estudiando todo el tiempo porque para entender cómo funciona el mundo hay que aprender. No podés quedarte con lo que tenés. Cada tanto voy a algún curso, estudio solo, trato de leer un *paper* por semana siempre que puedo. Todo el tiempo hay que seguir estudiando, y estudiar es fantástico porque una vez que aprendés a aprender, te fascina seguir aprendiendo.

Ahora, la educación no es solo eso. También es el principal activo de un país. Así como una persona que se educa, estudia y se esfuerza va a mejorar, tener un mejor laburo y brindar una vida mejor a sus hijos, una población educada, que aprende y mejora también puede sacar adelante la economía de un país. Eso pasó en Corea del Sur, Singapur y otros países del sudeste asiático. Y en la mismísima Argentina allá lejos y hace tiempo.

Pero la relación entre la educación y la riqueza no es solamente esa promesa que los padres les hacemos a nuestros hijos para que estudien en lugar de jugar a la Play, ni es nada más que el sueño de nuestros abuelos

inmigrantes que querían tener un hijo profesional. Es eso, pero también es mucho más. La relación entre el nivel de educación y el nivel de vida de un país es real y bastante directa. De hecho, si tuvieras que pedir un deseo para la posteridad, te sugeriría que no lo pienses demasiado: pedí que la suerte tebsorprendabestudiando. Capacitarte es la mejor forma de progresar.

Fijate lo que pasa con el PBI per cápita. Esto refleja el ingreso promedio de cada habitante de un país, pero también está relacionado con lo que cada uno de ellos produce. A ver si se entiende: para que el nivel de vida de las personas crezca, también debe aumentar el valor de lo que produce cada trabajador, y para que un trabajador genere más valor debe tener conocimientos. Es tremendamente difícil que alguien sin habilidades o que no estudió nada pueda dar un servicio o producir un bien que tenga un valor alto. Por eso los sueldos de los trabajadores no calificados son bajos. Las cosas no caen del cielo. En esto no hay ningún secreto.

Es obvio que si la población de un país está poco educada va a ser muy difícil que alcance un alto nivel de vida. Tener muchos recursos naturales no es suficiente. La naturaleza no nos salva. Sin técnicos y obreros especializados, que estudiaron y se capacitaron, esos recursos van a quedar enterrados sin generar más valor que el de una naturaleza más o menos linda. Ningún país se hace rico si no tiene una población formada e integrada, y te cuento que, en esto, la Argentina no es la excepción.

Yo tenía once años cuando me fui a vivir a Ecuador por el trabajo de mi padre, que es arquitecto. Volví solo a la Argentina en febrero de 1982 y me fui a vivir con mis abuelos maternos para hacer quinto año acá y entrar a la universidad. Yo venía con tonada ecuatoriana, había dejado a todos mis amigos, llegué en plena guerra de Malvinas… me costó muchísimo adaptarme pero me la banqué porque quería estudiar acá. Y así entré a Economía en la Universidad de Buenos Aires. Muchos años después quise que mi hijo Santiago también estudiara en la UBA porque creo que sigue

siendo una universidad que no solamente enseña conocimientos. La UBA tiene una cosa maravillosa: es la jungla. Tenés que sobrevivir. Y si pasás la UBA, estás preparado para la vida.

La educación es una inversión de largo plazo. Porque mientras más sepa una persona, más valor económico será capaz de generar.

Pero la educación no termina cuando salís con el título en la mano. En el mundo de hoy también tenés que hacer una maestría, un posgrado, especializaciones. Tenés que seguir capacitándote para seguir generando valor, a vos y a la sociedad. Porque mientras más sabe una persona, más valor económico es capaz de generar. Educar es invertir en el ser humano. Es aumentarle su capacidad de producir más y mejor. Es darle dignidad como persona y hacerlo ciudadano. La educación es una inversión de largo plazo que ningún país, ni siquiera uno condenado al éxito, puede darse el lujo de desatender.

Te doy un ejemplo. Los ingresos mensuales de la clase media profesional argentina fueron en 2013 un 72% más altos que los de las personas que no estudiaron en la universidad. Los hogares que tienen un jefe de familia con el secundario completo también tienen un ingreso mensual 82 veces superior al de las familias a cargo de una persona que no terminó el colegio. Como ves, no estoy hablando de tener un título colgado en la pared de tu casa para orgullo de tus viejos sino de cómo se genera la riqueza del país en el que vivís.

Hubo un tiempo que fue hermoso

Seguramente escuchaste decir mil veces que somos un país de inmigrantes. Y es verdad. Ellos construyeron la Argentina donde nosotros vivimos hoy. Lo hicieron con muchísimo esfuerzo, apostando a la educación y al trabajo. Tener un título universitario y una casa propia fueron los dos pilares de la vida de los inmigrantes que se rompieron el lomo para lograr esos objetivos que hoy a nosotros nos parecen menores.

Cuando volví de Ecuador y me fui a vivir con mis abuelos maternos al barrio de Once, descubrí de verdad a mi abuelo, que se llamaba José y al que admiro muchísimo. Era el mayor de siete hijos de una familia que se moría de hambre en Tomiño, un pueblo cerca de Vigo, en Galicia. Corría el año 1919 y el padre de mi abuelo decidió hipotecar su humilde casa para comprarle un pasaje en barco a su hijo, que con solo catorce años se vino a la Argentina a buscar a un tío que vivía en Necochea. Ese tío, se suponía, iba a ayudarlo a encontrar un trabajo que le permitiría enviar dinero para alimentar al resto de la familia en España. Por supuesto nunca lo encontró y terminó trabajando en un tambo en Lobería. Mi abuelo laburó lo que trabajaban los inmigrantes en esa época y así logró que sus cuatro hijas fueran a la universidad. Ese fue su orgullo hasta el último día de su vida.

Mi abuelo laburó lo que trabajaban los inmigrantes de principios de siglo y así logró que sus cuatro hijas fueran a la universidad. Ese fue su orgullo.

Seguramente la vida de inmigrante, eso de ser arrancado del lugar de origen y verse obligado a crear un nuevo hogar en una tierra desconocida, debe haber sido una experiencia muy inestable y angustiante. Por eso educarse era volver a echar raíces, a sentirse seguros, y eso lo hicieron a través de sus hijos.

Esa veneración a la educación fue común durante casi todo el siglo XX. Todos estaban de acuerdo, como quizá nunca más volvimos a coincidir en casi nada, en que la educación era fundamental para construir el país. Es cierto que el trabajo de maestra nunca estuvo bien pago, ni siquiera en la época gloriosa de Sarmiento, pero lo compensaba el enorme prestigio de la tarea. Ser maestro era un sacerdocio, y yo todavía comparto esa idea. De hecho, a mí siempre me gustó dar clases y sé que el mayor esfuerzo es que la gente te entienda y aprenda de verdad. Pero también sé que ser un docente al que le interesa su trabajo requiere muchísimo esfuerzo personal. Ahora, sin incentivos de las instituciones ese esfuerzo se vuelve costosísimo. ¿Cuál es el resultado? Que los argentinos no somos un pueblo educado como tampoco somos un país rico, ni estamos condenados al éxito, ni tenemos grandes estadistas o riquezas acumuladas que los demás nos roban.

¿El mejor país del mundo?

(Advertencia: si creés que la respuesta es sí, no leas lo que sigue)

Existen muchos estudios sobre la calidad de la educación, y la Argentina no se destaca en ninguno de ellos. Peor, no llegamos ni a mitad de tabla. El Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA), por ejemplo, evalúa con los mismos exámenes a estudiantes en edad escolar en diferentes países. Los resultados de la Argentina son tremendamente decepcionantes. Desde el año 2000 hasta hoy nuestros estudiantes se mantienen debajo del 17% que obtiene peores resultados.

Te completo el panorama con un dato cualitativo. Además de las cifras que nos pintan como un pueblo mucho menos educado de lo que creemos,

también perdimos el respeto por el estudio y los maestros. Todos notamos que cada vez son más frecuentes y violentas las noticias sobre padres que golpean a los docentes y alumnos que los amenazan. Una mala nota de un chico es motivo suficiente para despertar en sus padres los más bajos instintos contra los maestros. Pero además hay informes internacionales que incluyen a la Argentina en el ranking latinoamericano de *bullying*. En esos sí estamos bien posicionados.

Quiere decir que en la Argentina los estudiantes no solo no aprenden lo suficiente para salir a pelearla al mundo y los docentes no logran que sus alumnos aprendan, sino que además todos la pasan mal. En realidad, que nuestros hijos vayan a la escuela o estén por terminar el secundario no significa que los estemos educando. Ni siquiera implica que los estemos preparando para enfrentar los cambios que les deparará la vida. Eso es responsabilidad de nosotros, los padres, no del sistema educativo. Hay una gran frase adjudicada a Napoleón que siempre me gusta citar, aunque no sepa si es de él, que dice que la educación de tus hijos empieza con vos… veinte años antes de que ellos nazcan.

El diagnóstico no cambia mucho si miramos lo que pasa en el nivel universitario. Islandia y Australia son actualmente los países con las tasas más altas de graduados universitarios en todo el mundo. Allí al menos 6 de cada 10 personas en edad de graduarse consiguen un título universitario. ¿Estás preparado para saber qué pasa en la Argentina? Sentate y respirá: en nuestro país se gradúa apenas el 14% de los jóvenes que están en edad de hacerlo. La cifra es inferior a la de Panamá, Brasil, México, Chile y Cuba, y apenas superior a la de Colombia. Acá se da, además, una particularidad: se reciben muy pocos alumnos del total que está estudiando efectivamente una carrera, apenas 27 graduados por cada 100 que ingresan. Pensá que en Brasil y Chile se gradúan alrededor de 50 por cada 100 que estudian.

Es esperable que las argentinas no aparezcan ni remotamente entre los

primeros lugares en los rankings de las mejores universidades latinoamericanas. ¿Entonces la fama de la educación superior argentina es otra mentira? Absolutamente sí. Seguir creyendo eso es como estar cayendo desde el piso 22 y creer que no pasa nada... Claro, hasta el piso 1 estás bien. Contame cuando aterrices.

Creer que la educación argentina está bien es como estar cayendo desde el piso 22 y creer que no pasa nada... Claro, hasta el piso 1 estás bien.

Los números de la economía, que es la más exacta de las ciencias sociales, muchas veces son buenos porque ponen en duda las buenas voluntades. Decir que hay que apostar por la educación no alcanza, menos todavía si pensamos que un desempeño pobre en educación tarde o temprano afecta el capital humano y, por lo tanto, la economía de un país. Para decirlo sencillo, el capital humano es el valor que cada persona le puede incorporar a un servicio o un producto, y la educación es una inversión en capital humano. Si esa inversión es cada vez más magra, estamos en un país que le agrega cada vez menos valor a lo que produce. Y acá no hay atajos. Cuanto más bajás en educación, más tenés que invertir en recuperarla y más dramática es esa corrección.

Ciclos y más ciclos

Todos tenemos, tuvimos y tendremos períodos de bonanza y producción, etapas de estancamiento y épocas de caídas, crisis y tremendos miedos. Lo que nos permite *ser* diferentes es saber que esos ciclos ocurren y estar

preparados para ellos, intentando que los cambios sean lo menos bruscos posibles, que en las épocas buenas nos preparemos para las malas y que estemos dispuestos a laburar en serio para acortar los períodos negativos.

Los argentinos, naturalmente, nos comportamos al revés. Nos expandimos tremendamente cuando todo va bien y compramos caro y mucho, y nos achicamos y vendemos barato cuando todo va mal. En las buenas gastamos nuestros ahorros y nos endeudamos a lo grande, y en las malas nos volvemos chiquititos, nos quedamos quietos y tratamos de cancelar nuestras deudas y no hacer olas. Mal. Es como darle azúcar a una persona diabética.

Esto lleva a que muchos crean que cada nueva crisis no es sistémica sino cíclica, y que se solucionará —como tantas otras veces— con las mismas armas de siempre. Es cierto; cuando los años malos pasan, muchos sectores se recuperan e incluso prosperan. Pero esto no es una regla, y claramente no lo es cuando hablamos de educación. Hay empresas que cierran de forma definitiva y personas que no tienen una segunda oportunidad, y hay países que dan dos pasos adelante y tres atrás.

Asustarse y bajonearse no sirve.
Lo que tenemos que hacer es cambiar.

Nada de esto es para que entremos en pánico. Asustarse y bajonearse no sirve. Lo que tenemos que hacer es cambiar. Con mucho esfuerzo, un poco de suerte y viento a favor la Argentina puede modificar estos horribles resultados educativos. Pero para eso tenemos que ponernos a laburar en serio y salir de la eterna discusión sobre el salario docente, las huelgas y los días de clases perdidos.

Seguir mirando la foto del pasado no nos va a llevar a ningún lado. Tenemos que entender que las sociedades evolucionan, como las personas.

¿Y qué tiene de particular el ser humano? Que cambia todo el tiempo. Si no, no existirían los divorcios. La gente cambia, tus hijos cambian, la medicina cambia, la economía cambia. Y hoy la velocidad del cambio es tan rápida que lo único permanente es… el cambio. El cambio es parte de la vida. Y la vida no es fácil, se necesita perseverancia, seguir para adelante, laburar. Hay que adaptarse todo el tiempo, pero esto requiere cabeza y mucho estudio.

Mi abuelo José, que solo terminó tercer grado y supuestamente era un inmigrante ignorante, me insistía todo el tiempo mientras yo estudiaba en la facultad en que el ahorro es la base de la fortuna. Y me repetía: “Para eso hay que estudiar y trabajar duro”. Qué ignorante, ¿no? ¿Qué pensamos ahora los argentinos, que nos creemos muy piolas y educados? Que el consumo es el camino para que nos vaya bien, y que el fútbol y la televisión rinden más que el estudio. ¿Sabés qué? La estamos pifiando. Mi abuelo, que llegó a este país sin nada más que su enorme capacidad de laburo y sus ganas infinitas de aprender, era mucho más sabio que nosotros.

Capítulo 6

Al que madruga…

“Somos un pueblo trabajador”

“El que abandona no tiene premio.”
LOS REDONDOS, *Sorpresa en Shangai*

Yo soy clase media argentina. Me recibí en la universidad pública, milité al final de la dictadura, participé en todas las marchas, voté. Mientras estudiaba trabajé *part-time* y luego de recibirme gané una beca para estudiar en Brasil. Viajé, estudié, conocí Río de Janeiro. Volví desempleado y estuve haciendo changas hasta que ingresé en una empresa como joven profesional. Luego conseguí otro trabajo en la Auditoría General de la Nación y logré media beca en una universidad de Inglaterra para hacer una maestría en economía.

Nadie me regaló nada, pero mucha gente me ayudó. Familiares, amigos y jefes. Nadie logra todo solo en la vida. ¿Cuál fue el resultado? Tener mucho trabajo y —como tantos otros en nuestro país— trabajar cerca de doce horas por día. Es muy difícil tener el placer de hacer lo que te gusta y que te paguen por ello. Yo logré que fuera posible, aunque no fue siempre así.

Nunca pasé hambre, mi abuelo José sí. Estaba orgulloso de que sus hijos no pasaran por lo mismo que él y, a la vez, sus hijos estaban contentos de poder darles más ayuda y más formación a sus propios hijos. Mi abuelo, que seguro se parecía mucho al tuyo, también estaba orgulloso de lo que había conseguido: sus cuatro hijas lograron convertirse en clase media. Estaba orgulloso de que, pese a que él no había terminado ni siquiera tercer grado, sus hijas, y los hijos de sus hijas, fueran a la universidad. Ese hombre casi analfabeto fue el que me enseñó valores, conductas y respeto. La admiración

que le tengo es enorme y yo soy de clase media gracias a él. Gran parte de lo que soy, y de lo que pude ofrecer a mis hijos, se lo debo a él.

Mi abuelo siempre me habló con orgullo de su esfuerzo, de su lucha, no exenta de frustraciones y resentimientos. Sabía que le había dejado una mejor situación a sus hijos y a sus nietos gracias al trabajo duro de toda una vida. La generación de mi abuelo laburó lo que nadie de nosotros va a laburar nunca. Ellos construyeron el país, nosotros nos encargamos de vivirlo. Lo interesante es que mi abuelo siempre hablaba de esfuerzo (palabra hoy casi olvidada) y nunca de sacrificio (tan de moda últimamente).

De casa al trabajo…

A esta altura quizá pienses que es cierto, que a lo mejor los argentinos no somos tan educados como creemos, pero si hay algo que somos es trabajadores. ¿Cómo no va a ser así, si seguro conocés decenas de personas que tienen más de un trabajo y hacen malabares para conciliar su vida laboral con su vida familiar? ¿Cómo puede ser, si no, que haya tantos argentinos que triunfan en el exterior?

Mi abuelo siempre hablaba de esfuerzo (palabra hoy casi olvidada), y nunca de sacrificio (tan de moda últimamente).

Todo argentino que se precie se identifica con la figura del trabajador, más o menos calificado, obrero o comerciante, profesional o laburante a secas, pero trabajador al fin. No seremos los inmigrantes que dejaron su país y su familia atrás y que se laburaron la vida en la Argentina, pero que somos trabajadores, somos trabajadores. Lamento decirte, otra vez, que no es así.

Es cierto que estas historias personales de exceso de trabajo existen y todos las conocemos, o las vivimos, de primera mano. Pero los argentinos no somos un pueblo particularmente trabajador. De hecho, si comparamos cuánto trabajamos los argentinos y cuánto se trabaja en el resto del mundo, el panorama es bastante diferente de nuestra fantasía. No nos destacamos por la cantidad de gente que trabaja ni por la cantidad de horas que trabajamos, pero tampoco somos unos vagos. Estamos clavados en mitad tabla, en esto también. ¿Y nuestro destino de grandeza? Bien, gracias.

La Organización Internacional del Trabajo nos ubica incluso por debajo del promedio latinoamericano: en la Argentina trabaja el 53,9% de la población mayor de 15 años mientras que el promedio en la región es de 58,2 puntos. Los argentinos tampoco trabajamos más horas que el resto de los mortales: unas 1.800 horas al año en promedio, o sea, poco más de siete horas diarias si calculamos solo cinco días hábiles por semana. Bastante menos de lo que *sentimos* que trabajamos.

Somos como un estudiante promedio, ni muy bueno ni malísimo. De hecho, en la Argentina pasa lo mismo que en la mayoría de las "economías emergentes". En América Latina hay países como Brasil, Venezuela, Panamá o Uruguay en los que se trabaja unas 1.700 horas anuales, y otros como Chile, Ecuador, Colombia o México que superan las 1.900 horas de trabajo por año. En los países del sudeste asiático, en cambio, trabajan muchas más horas. Hong Kong, Bangladesh, Malasia y Tailandia, por ejemplo, superan las 2.200 horas anuales. Para alcanzar estas cifras, los argentinos deberíamos trabajar dos horas más todos los días o eliminar todos los feriados y trabajar todos los sábados.

Los únicos que trabajan menos horas que nosotros son los europeos. En Alemania, por ejemplo, apenas superan las 1.400 horas por año, y en Holanda ni siquiera llegan a eso. España, Inglaterra, Suecia, Suiza y Austria son los países de Europa donde más trabajan, alrededor de 1.600 horas anuales. Esto

equivale a que los argentinos dupliquemos la cantidad de feriados o tengamos el doble de vacaciones. El único país occidental desarrollado que rompe esta regla es Estados Unidos, que tiene un promedio parecido al nuestro y algunos picos de 2.000 horas anuales en ciudades como Nueva York, famosa por sus *workaholics*.

¿Qué quiere decir todo esto? Que el valor del trabajo no depende solamente de cuántas horas trabajemos o de cuánto esfuerzo hagamos en esas horas sino de lo productivos que seamos. Por eso los países más desarrollados pueden trabajar menos horas, y los que son muy productivos y le dan durísimo, como los asiáticos, son un éxito. Obviamente, la productividad no depende únicamente de nosotros y nuestras ganas de trabajar sino de factores económicos como la infraestructura, el capital disponible y la tecnología, y de variables políticas como las regulaciones laborales, los derechos de los trabajadores o el horizonte de certidumbre que ofrezcan las instituciones. Cuando todo eso funciona, pasa lo que pasa en los países exitosos.

Los argentinos no somos más vagos que el resto del mundo pero no somos tan productivos como sociedad. Como en el fútbol, la suma de individualidades no nos hace un equipo ganador.

Así, la hora de un trabajador japonés o norteamericano rinde mucho más que la de un trabajador argentino. No porque los argentinos seamos más vagos o no sepamos trabajar sino porque no somos tan productivos como sociedad. Como en el fútbol, la suma de individualidades no nos hace un equipo ganador. Para simplificarlo, con lo forzado que tiene toda simplificación, tener once *cracks* en la cancha no te hace ganar un Mundial. Para eso necesitás un grupo que juegue bien colectivamente, que se entienda, se pase la pelota y se haga cargo del partido que le toca. O sea, nada de tirarla

afuera para ganar tiempo.

A la hora señalada

Habrás escuchado más de una vez, alguna quizá de boca de tu jefe, que hay que ser más productivos. Probablemente no te quede claro qué quiere decir. ¿Quedarte hasta más tarde en la oficina? ¿Ponerle más garra? ¿Almorzar en quince minutos? ¿Tener más ideas en la ducha? Nada de eso. Hay un ejemplo muy bueno de lo que significa “ser productivo” y de lo difícil que es lograrlo en la Argentina de hoy.

En la mayoría de las plantas industriales de Japón, pero también en otras partes del mundo, se usa un sistema que se llama “just in time”. Es hacer las cosas “justo a tiempo” pero no tiene nada que ver con la improvisación. Lo que hace una fábrica que trabaja con un sistema “just in time” es no tener stock de productos. Lo opuesto de lo que hacemos en la Argentina, donde lo más común es que las fábricas tengan almacenadas las piezas para producir (o incluso los productos terminados) durante treinta o sesenta días. Las empresas lo hacen para asegurarse de que nunca van a quedarse sin productos para vender ni van a tener que parar la línea de producción porque faltan insumos. Porque si se detiene la línea de montaje no solo va a sufrir un pico de presión el jefe de planta, la fábrica también va a quedar parada.

Los japoneses entendieron hace tiempo que si lograban reducir o eliminar los inventarios, el costo de producción iba a ser mucho más bajo y el negocio se volvería más rentable. Pero para trabajar de esta forma tenían que cumplirse algunas condiciones que en la Argentina parecen de ciencia ficción. Los proveedores tienen que entregar los materiales a una hora específica todos los días sin atrasarse, los trabajadores también tienen que ser puntuales, la aduana no debe demorar los productos que se exportan ni

retener la importación de insumos, y un largo etcétera que para nosotros resulta muy lejano.

Por eso, en la Argentina las empresas prefieren pagar el costo de mantener inventarios que pagar el costo de paralizar la línea de producción. Es un precio altísimo que en los países desarrollados resulta casi delirante pero que tiene lógica en el nuestro. Es una previsión para proteger el negocio ante los cambios imprevistos de la economía a los que estamos tan mal acostumbrados.

Imaginate que en la década del ochenta aquel que quería comprar un auto en Japón iba a una concesionaria, le decía al vendedor de qué color lo quería, qué tapizado prefería, con estéreo o sin estéreo… Ese pedido se cargaba en una orden de compra que iba a la planta de producción, a las 24 horas comenzaba la fabricación del auto y en 72 horas el cliente podía pasar a buscarlo. Esto provocó que las protestas de obreros en Japón fueran totalmente atípicas: en lugar de hacer huelga, trabajaban más. Al hacerlo producían más y generaban un stock que para la empresa significaba un costo más alto que atender las demandas obreras. Todo sin perjudicar a los ciudadanos, cortar calles o paralizar el país.

¿Qué quiere decir ser más productivo?
¿Quedarte hasta más tarde en la oficina?
¿Almorzar en quince minutos? ¿Tener más ideas en la ducha?
Nada de eso…

Este sistema no solo baja los costos y aumenta la rentabilidad del negocio, también vuelve más rentable a cada trabajador. Y un trabajador más rentable es un trabajador más valioso. Más difícil de despedir, con un salario más alto, y un etcétera virtuoso.

En la Argentina hubo algunos intentos de aplicar el “just in time” pero no

hay que ser un genio en economía para darse cuenta de que lo más probable era que el sistema fallara porque no estamos tan organizados como sociedad ni tenemos la infraestructura (trenes, puertos, rutas) para lograr ese grado de precisión y sincronización. Esto también quiere decir que los trabajadores argentinos somos menos productivos que los japoneses por más esfuerzo y horas que le dediquemos al asunto.

De hecho, en Japón trabajan menos que nosotros, un promedio de 1.750 horas al año contra nuestras 1.800. Así y todo, en 2014 el valor de lo que produjo cada trabajador japonés fue el equivalente a 73.300 dólares anuales frente a los 30.800 dólares de cada trabajador argentino. O sea, el valor de lo que produce cada uno de nosotros es casi la mitad de lo que produce un japonés. Por eso sus sueldos promedio también duplican a los nuestros: un trabajador de la industria japonesa gana 4.000 dólares mensuales y un trabajador industrial argentino apenas 1.823 dólares.

¿Eso hace que los productos industriales japoneses sean más caros que los nuestros? No, en absoluto. Fijate los precios de sus autos y comparalos con los que se producen acá. Los japoneses no solo ganan más plata y trabajan menos horas, también fabrican productos más baratos. Eso es nada más y nada menos que productividad.

Y por casa cómo andamos…

Los argentinos somos como un hincha de fútbol que siente que merece ganar aunque su equipo juegue mal y no meta goles. Nos cuesta pensar en términos de resultados. No me refiero a que debamos trabajar más horas (¿cuántas horas podés trabajar como máximo en un día?) sino a ser más productivos generando más valor en lo que hacemos.

Una opción sería que cada trabajador produzca más bienes en el mismo

tiempo, pero esto tiene un límite. Otra es que produzca bienes de mayor valor. Por ejemplo, pasar de producir teléfonos celulares que solo sirven para hablar a producir *smartphones*. Ahora, para hacer esto se requiere un país con más educación, más tecnología, más capital, más innovación y mejor organización. Obviamente, existen personajes de los negocios que fueron grandes innovadores y creadores de valor con muy poco capital inicial o sin haber terminado la universidad. Steve Jobs, Henry Ford y Mark Zuckerberg estudiaron por su cuenta, desarrollaron sus propias ideas y buscaron nuevas oportunidades. Pero un país no puede apostar a los talentos individuales. La oportunidad de un país es la suma de las oportunidades que les da a todos sus ciudadanos.

El mito del pueblo trabajador, en este sentido, no parece tan malo. En algún punto nos alienta a trabajar y esforzarnos porque "ser un vago" nos parece un insulto. Pero de ahí a generar valor tenemos un camino muy empinado por delante. Es decir que hoy no hay que sustituir importaciones al estilo tradicional, sino aumentar el valor agregado de los bienes que cada vez valen más. Si promocionamos solo el armado de productos electrónicos siempre vamos a quedar rezagados. ¿Entonces?

No podemos tener industrializaciones ficticias y con subsidios, que solo apuntan un mercado chico como el argentino y que hacen que nosotros, los consumidores, tengamos tecnologías atrasadas y que nos cuestan hasta el doble que en el exterior. Si la Argentina no promueve y desarrolla otro tipo de industria, y por lo tanto otro modelo de trabajo, en el mejor de los casos tendremos un sendero de crecimiento mediocre, que implica estándares de pobreza superiores al 20%.

El desafío es generar empleo, pero no cualquier tipo de empleo sino uno que integre a los individuos. Porque una sociedad que no está integrada

no genera condiciones para el desarrollo.

Pero para hacerlo no solo se necesitan reglas de juego claras sino que se necesita una sociedad integrada. Una sociedad que no está integrada es una sociedad que no genera condiciones para el desarrollo. El desafío es, entonces, generar empleo, pero no cualquier tipo de empleo sino uno que integre a los individuos. No hay que tenerle miedo a la palabra “integración”.

Cambia, todo cambia

Yo soy de clase media y estoy orgulloso de ello. Laburé todos los días para serlo. No soy perfecto ni lo pretendo, pero no ando pidiendo todo el tiempo ni llorando culpas. Hice todo lo que pude para disminuir mi ignorancia y la de mi familia. Ese era el sueño de mi abuelo y se convirtió en el mío.

De hecho, el ideal de la gran mayoría de los argentinos es la movilidad social, no la lucha de clases. Peronistas y radicales siempre tuvieron por finalidad mejorar la vida de los trabajadores, y si se opusieron a los conservadores no era por una lucha de clases, sino porque estos impedían la movilidad social. Dificultaban el acceso al voto, impedían el ejercicio de los derechos laborales y la seguridad social. Así el país fue avanzando y retrocediendo, pero nunca se había cambiado el ideal. La movilidad social era el objetivo.

Todos nacemos en cunas distintas y el rol del Estado es darnos la igualdad de oportunidades (educación, salud y promoción del trabajo) para que cada uno, mediante su talento, su esfuerzo y su decisión, pueda hacer su camino. La clase a la que pertenecemos no debería ser un estigma. Los pobres deben poder ser clase media o ricos, y los ricos deben poder ser pobres. Movilidad,

no estigmatización.

En la Argentina la movilidad social siempre fue el símbolo del crecimiento económico del país. Trabajando, estudiando, creando empresas era como se mejoraba la calidad de vida de las personas. Hoy la movilidad social ascendente se busca en el deporte, en la televisión o en la política. La generación de mi abuelo José estaba contenta por sus logros, pero sobre todo por las posibilidades que le dejaba a la generación siguiente. Que fueran más cultos, que tuvieran más mundo, que vivieran mejor.

Muchos de esos valores ya no son parte de la Argentina. Hoy existe una clase media trabajadora vergonzante. Hay quienes se avergüenzan de ser lo que son. Disfrutan con culpa sus logros y ya no les parece un modelo a seguir. El pobre que sale de la pobreza trabajando ya no es el modelo.

CAPÍTULO 7

¿Pobres pero honrados?

“La Argentina es un país con gran futuro”

“¿Los pobres serían lo que son
si nosotros fuéramos lo que debiéramos ser?”
CONCEPCIÓN ARENAL

Mi padre, un inmigrante croata, tenía una frase que no sé de dónde la había sacado pero siempre me pareció muy acertada: “El paso del tiempo es el mejor aliado de las buenas decisiones y el gran enemigo de las malas decisiones”. El tiempo pasa en todo el mundo y para todos, y la sensación es que pasa cada vez más rápido. Pero en la Argentina da la impresión de que el tiempo no existe. Cuando hablo del tiempo me refiero a la historia, a las experiencias que la humanidad acumula y de las que vamos aprendiendo al entender las cosas que no funcionan y las que sí funcionan, aunque no sean perfectas.

Es casi una verdad de Perogrullo que la Argentina no aprende y que nuestras discusiones son siempre las mismas, que no registramos ni un mínimo avance a partir de las experiencias propias, o ajenas. Fijate que nos la pasamos hablando con obsesión del dólar, el déficit fiscal, la inflación… y la pobreza. Y otra vez aparecen quienes se preguntan cómo es posible que haya hambre y pobres en un país tan rico. Yo les diría que, si algo aprendimos, es que la Argentina no es un país rico, pero tampoco es un país pobre. Más bien, estamos como somos.

Lucha fuerte

Es obvio que el combate a la pobreza debe ser una acción, no un discurso. Veamos qué aspectos de la acción ya no se discuten en el mundo, cuáles son los consensos básicos, y andá pensando qué de todo esto pasa en la Argentina:

1. La mejor política social es una buena política económica. Para sacar a la gente de la pobreza, una economía debe crecer año tras año sin dar marcha atrás. Para ello la macroeconomía debe ser estable, principalmente con inflación baja.
2. La producción la lidera el sector privado y la distribución la lidera el Estado. Es cierto, la derecha sigue pensando que si se deja funcionar al mercado, el crecimiento económico viene solo y tiene luego un efecto derrame automático en la distribución, mientras que la izquierda sigue insistiendo en que hay que distribuir el ingreso, y que el aumento en la producción viene automáticamente. Pero en la práctica estos extremos ya están superados.
3. Ya no se discute la propiedad de los medios de producción, sino la apropiación de la renta que generan los medios de producción. No importa si el Estado es dueño de una empresa minera, sino cómo se distribuye la renta minera.
4. Lo único que saca definitivamente de la pobreza a las personas es la educación y el empleo, o el autoempleo. Cualquier otra combinación que no incluya estos dos elementos es solo una situación coyuntural, no una solución.
5. Tener recursos naturales no significa tener riqueza. La riqueza se trabaja.
6. Lo importante es distribuir el ingreso, no la riqueza.

Quiero dedicarle un párrafo especial a este último punto porque en la Argentina, como en tantas otras cosas, se habla mucho de distribuir el ingreso pero pocos saben bien de qué estamos hablando. Muchos suponen que distribuir es darles más plata a los pobres todos los meses y ya. Quiero decirte que la realidad es mucho más compleja y, por lo tanto, más difícil de solucionar.

¿Hablamos de distribución de la riqueza o de distribución de los ingresos? Muchas veces se usan como sinónimos pero no tienen nada que ver. Distribuir la riqueza es distribuir lo que existe. El ejemplo más claro es la herencia. Cuando un padre muere, los hijos reciben lo que él tenía (o sea, la riqueza) y la distribuyen.

Distribuir la riqueza es distribuir el pasado, es decir, lo que hay. Distribuir el ingreso es distribuir el presente y el futuro, o sea, lo que habrá pero todavía no hay.

Distribuir el ingreso es otra cosa, es cómo recibe cada uno lo que se produce cotidianamente. Siguiendo nuestro ejemplo, sería la forma en que cada miembro de la familia recibe una parte del sueldo que trae el padre a la casa todos los meses. Y esto es mucho más complejo que distribuir la riqueza, porque hay dos cosas a tener en cuenta. Primero, cómo se crea el ingreso, y segundo, cómo se distribuye sin afectarlo.

Entonces, para seguir el debate de la distribución del ingreso hay que saber cómo se produce y quiénes aportan para generarlo. Para decirlo bien sencillo, el ingreso no está, hay que hacerlo. Hay que laburar. Quiere decir que distribuir la riqueza es distribuir el pasado, es decir, lo que hay. Distribuir el ingreso es distribuir el presente y el futuro, o sea, lo que habrá en algún momento, lo que hay que crear pero todavía no hay.

A medida que las sociedades evolucionan y la creación de riqueza

acompaña, las personas reclaman cada vez más derechos y los Estados se enfrentan a la obligación política de garantizarlos. Por supuesto que plasmar un derecho en el papel es mucho más fácil que cumplirlo, no solo por intereses encontrados sino porque para hacerlos posibles y sustentables se requiere mucha organización y mucha cabeza. Entonces hay que tener mucho cuidado cuando se fuerzan redistribuciones que no promueven que el ingreso, es decir la producción, sea cada año mayor. Porque si no es así se puede dar la paradoja de que la distribución del ingreso sea cada vez mejor… y la cantidad de pobres, mayor.

La pobreza avanza, el discurso atrasa

En el mediocre debate argentino se supone de forma automática que si uno distribuye mejor el ingreso, habrá menos pobres, y esto es, lamentablemente, otra mentira. Puede haber menos pobres o puede haber más pobres, cualquiera de las dos consecuencias es posible. ¿Por qué? Porque depende del ingreso que estemos distribuyendo.

Primero tenés que saber que la pobreza es un concepto absoluto, mientras que la distribución del ingreso es un concepto relativo.

¿Qué significa que una persona sea pobre? Quiere decir que la plata que gana mensualmente le impide comprar los bienes y servicios suficientes para cubrir todas sus necesidades. Que necesita, por ejemplo, 4.000 pesos por mes y que si percibe menos, no logra un nivel de vida razonable.

La distribución del ingreso, en cambio, es una comparación, por ejemplo, entre lo que gana el 10% más rico de una sociedad y lo que gana el 10% más pobre. Es decir que si, en promedio, la franja más rica gana 80.000 pesos por mes y la más pobre 4.000 por mes, la relación entre los más pobres y los más ricos es de 20 a 1.

Se puede dar el caso de que en otra sociedad el 10% más rico reciba 15.000 pesos por mes mientras que el 10% más pobre tiene 1.500 por mes.

Es claro que en la primera situación la distribución el ingreso es peor ya que entre los más ricos y los más pobres hay una distancia enorme, pero nadie es pobre porque todos ganan por encima de 4.000. En el segundo caso hay una mejor distribución del ingreso y, sin embargo, el 10% inferior es pobre porque gana menos de los 4.000 pesos que necesitan para cubrir sus necesidades. ¿Por qué existe esta diferencia? Porque en el primer caso el país produce mucho más y, por lo tanto, puede sacar a más gente de la pobreza.

Tratar de encontrar atajos es como programar una bomba de tiempo. Lo único que se consigue en la realidad es que la pobreza crezca.

Más ingreso y mejor distribución es el objetivo a seguir y lograr por cualquier país normal. Pero, claro, la combinación ideal de ambos no es tarea sencilla. Si se hace mal, lo único que sube es la pobreza.

Hay una fórmula que no es mágica pero es milagrosa: trabajo + educación = crecimiento + distribución. Como verás, no estoy descubriendo nada. Trabajo para lograr una economía que crezca todo el tiempo y educación para que el trabajo cada vez sea mejor. Solo con esta combinación, la distribución puede ser mejor y sustentable.

Ahora, también hay que prestar atención a los diferentes factores que generan desigualdad en un país. La Argentina, que insiste en repetir fracasos, volvió a recurrir en los últimos años a uno de los más injustos, la inflación. Siempre hay ciudadanos que pueden trasladar su aumento de costos a precios pero hay otros, los empleados y sobre todo los que están en la economía informal, que no pueden hacerlo. Por eso los grandes perdedores de la inflación son los pobres. La inflación es la ciclotimia argentina.

La inflación te mata. Te mata la inversión y te mata la economía. La inflación no solo perjudica al consumo y afecta a los trabajadores más débiles sino que con el paso del tiempo resiente la inversión real y aumenta la fuga de capitales. Es una historia que conocemos, y sabemos que termina con pocos ganadores y muchísimos perdedores.

Recuerdo que hace poco fui a dar una conferencia en un importante barrio privado de Pilar, y en un momento se me acercó muy preocupado el dueño de un almacén polirrubro ubicado a una cuadra. Cuando noté una exagerada preocupación en su pregunta sobre el futuro de nuestro país, traté de calmarlo diciéndole que la gente del barrio privado no iba a sufrir tanto la crisis, así que a él tampoco lo iba a afectar tanto. El señor me respondió con la sabiduría económica que tiene cualquier persona que administra sus ingresos: “No se equivoque, maestro. Los que me compran a mí son los que limpian, los que cuidan a los chicos, los que mantienen sus piletas y sus jardineros. Ante una pequeña crisis, los ricos dejan de contratarlos o los emplean menos días por semana”.

Ciudadanos o clientes

En nuestro país, las únicas herramientas que lograrán sacar a la pobreza de su estructura actual son los ingresos universales y los sistemas sociales para que los niños puedan educarse y crecer saludables, junto con reglas económicas estables y saludables para que la producción crezca. Pensá que en 2014 el nivel de pobreza en la Argentina llegó a casi el 30% de la población. Esto solo se mejora, como mínimo, en una generación.

Tratar de encontrar atajos es como programar una bomba de tiempo: lo único que se consigue es que la pobreza crezca. Y hablar de la pobreza no significa eliminarla. Solo trabajar con coherencia y responsabilidad lo

consigue.

Hagamos un ejercicio de inmersión en este tema y analicemos un poco qué son las políticas sociales. En general podemos dividirlas en dos grandes grupos. El primero son las políticas sociales más tradicionales, que tienen que ver con la integración social. La educación, que fue el baluarte de la política para integrar a las personas, muchos de ellos inmigrantes, y crear la Argentina como país, la salud, las jubilaciones y pensiones y las políticas de acceso a la vivienda.

El segundo grupo son las que se denominan nuevas políticas sociales, y tienen al menos dos características. Pueden ser:

- Universales: para todos aquellos que cumplan con algunos requisitos mínimos. Son medidas simples y que abarcan a una gran cantidad de población.
- Focalizadas: acciones específicas que tienen por objetivo atacar un problema determinado de una parte de la población. Son medidas más bien complejas que abarcan a poca población.

Un Estado debe definir cuáles son universales y qué medida utilizan para ello, y cuáles son focalizadas. Una vez que tiene ese mapa definido, hay tres tipos de ayuda que puede brindar:

- De ingresos: son transferencias de dinero que se hacen directamente a las personas. En este caso están las asignaciones universales por hijo (universal) o las pensiones no contributivas (focalizada).
- De bienes: es la transferencia de productos, como un plan alimentario (paradójicamente, en la Argentina el plan de seguridad alimentaria nacional tiene cada vez más plata, y ya supera los 3.000 millones de pesos para 2015), o la provisión de leche y medicamentos. Normalmente, en estos casos no apunta a ciertas personas en particular,

sino que se utilizan intermediarios estatales (municipios, comunas) u organizaciones sociales.

- De servicios: puede ir desde la capacitación de jóvenes o desempleados para conseguir empleo hasta las acciones con microemprendedores. También en este caso siempre hay intermediarios públicos o privados, como universidades o consultoras especiales, que son contratados para las capacitaciones. En este grupo está incluido el programa de cooperativas, que consiste en darles un fondo para que empleen a monotributistas y hagan obras. Para decirlo bien fácil, así es como se terceriza la política social.

Está claro que no existe una política única y que los objetivos principales son la inclusión social y la reducción de las inequidades sociales. Para lograr la inclusión social, las políticas sociales tienen que ser permanentes, es decir, se les da educación a todos, se permite el acceso a la salud a todos. Los programas para compensar la inequidad son otra historia, y nos ponen de cara a una disyuntiva fundamental para el futuro del país, que se resume en una vieja pregunta: ¿enseñar a pescar o regalar el pescado?

No hay que ser ningún genio para ver la diferencia. Las políticas sociales que buscan la inclusión enseñan a pescar y ayudan a formar ciudadanos. Los programas sociales que regalan pescado… solo crean clientes.

Cuando las prestaciones se cumplen y los planes están diseñados para crear ciudadanía, las prestaciones generan independencia, y no al revés. Pensalo así: si le dan un subsidio a alguien sin ningún tipo de contrapartida, sin plazo de vencimiento, sin aprendizaje, si de hecho no hay tareas o acciones que deba cumplir para lograr ese beneficio, no hay derecho real a tener ese subsidio. El único requisito, en la práctica, es conocer y responder a aquella persona que te puede garantizar la continuidad del beneficio.

Las políticas sociales que buscan la inclusión enseñan a pescar y ayudan a formar ciudadanos. Los programas sociales que regalan pescado… solo crean clientes.

Por lo tanto, pedir contrapartidas y objetivos a las prestaciones sociales (sean monetarias o en bienes y servicios) consolida los derechos del beneficiado, ya que cumple con su tarea. Cuando se dan libremente, pierde ese derecho y lo delega en otro. ¿Te suena la palabra “puntero”?

El éxito de los buenos planes sociales es que la cantidad de beneficiados sea cada vez menor, porque si son cada vez más hay que prender la alarma. El verdadero objetivo es generar dependencia y clientelismo, no autonomía e inclusión. Quizá buena parte de los problemas que tenemos en la Argentina, ahora pero sobre todo en ese futuro que no va a tardar en llegar, es que la política social genera más clientes que ciudadanos.

Sin embargo, en lugar de alegrarnos de que cada vez haya menos planes sociales, lo que significaría que cada vez más gente se gana el sustento mediante su trabajo, se festeja que haya más planes. Se siguen inaugurando con pompa cada vez más hospitales cuando lo ideal sería tener cada vez menos enfermos. Se siguen pidiendo más cárceles en lugar de menos delincuentes. Hay cada vez más pobres que necesitan más lástima, más planes y más beneficencia, y no menos pobres que necesiten más trabajo, más dignidad y más futuro.

A MODO DE CIERRE

Pasados de revoluciones

Nuestros mitos reflejan nuestros preconceptos y la visión del pasado que arrastramos. Mi idea de repasarlos y tirarlos abajo, uno a uno, no busca bajonearnos ni flagelarnos sino lisa y llanamente ver si al reconocer nuestros problemas podemos encontrarles solución. El objetivo de estas páginas fue mostrar lo que creemos ser y no somos, y mostrar lo que sí somos y no creíamos ser.

Este no es un libro de autoayuda social pero si logramos reconocer nuestras debilidades y fortalezas, nuestros aciertos y nuestros temores —una de cal y una de arena—, podremos mejorar. Las sociedades cambian cuando sus pueblos cambian. No se cambia desde los gobernantes, de arriba hacia abajo. Son los pueblos los que transforman a las personas que los gobiernan. Porque como dijo el francés André Malraux al reformular a su viejo compatriota Joseph de Maistre, los pueblos tienen los gobiernos que se les parecen, y no a la inversa.

No somos la peor ni la mejor sociedad del mundo.
Pero sin duda debemos trabajar muy duro para definir nuestro destino.

Pero, contrariamente al refrán, cuando uno es parte del problema también es parte de la solución. Éste es un viejo apotegma de los emprendedores. Si querés ser parte de la solución, tenés que reconocer que, en realidad, quizá seas parte del problema y que solo al cambiar esa parte del problema (vos mismo) habrás dado en la tecla. Y te cuento que, casi siempre, uno es parte

del problema. Esto es parte de lo que tenemos que hacer para cambiar cómo somos. Tenemos que recuperar la noción de hacer cosas hoy para que las coseche el que viene. Retomar el concepto de esperar. Saber que los resultados no son inmediatos. Revalorizar el esfuerzo y la perseverancia. Volver a la cultura de los inmigrantes para reconstruir el país de las oportunidades.

Es un cambio contracultural. *Ser* distintos para *estar* distintos.

Claro que no es nada fácil, cómodo ni agradable. De hecho, es muy incómodo. Sin embargo, la gran ventaja es que, tarde o temprano, salís de la escena convertido en mejor persona y mejor ciudadano, y eso sin duda lleva a una sociedad mejor. El camino no es sencillo ni divertido, pero tampoco la pavada. No es un sacrificio. Solo requiere esfuerzo. Nada más ni nada menos.

No somos la peor ni la mejor sociedad del mundo. Pero sin duda debemos trabajar muy duro para definir nuestro destino. Insisto: ese destino no es de grandeza aunque tampoco de fracaso. Durante los últimos años me pasó algo que a lo mejor muchos de ustedes comparten. Estoy cansado de vivir en una sociedad frustrada, que se queja y se queja, que no logra consolidar un proyecto de país en el mediano plazo más acorde con lo que somos, y no con lo que creemos que somos.

Bajar las expectativas no es rendirse. Es poner metas posibles y realizables para, luego sí, proponerse otras más ambiciosas y desafiantes. Es bajarle un cambio a la idea de que tenemos que ser fundacionales todo el tiempo. Ni todo está hecho pelota ni todo está bárbaro. Necesitamos pequeños cambios evolutivos más que grandes gestas revolucionarias. Salir de los extremos. Porque si no estamos condenados al éxito, la verdad es que tampoco estamos condenados a repetir el fracaso.

Este libro es el resultado de mis conversaciones y encuentros con mucha gente a lo largo y ancho del país. Es el resumen de un larguísimo camino. Un aporte muy sentido y muy personal que se resume en una idea madre: que el

tiempo nos traiga ganas, oportunidad y perseverancia. ¡El resto lo conseguimos nosotros! Y si muchos compartimos este impulso y eso nos sirve para mejorar cómo *somos*, estoy seguro de que lograremos transformar para siempre cómo *estamos*. Al menos tengo esa tranquilidad respecto de nosotros, los argentinos.

Cubierta
Portada
Agradecimientos
Presentación. To be or not to be
Capítulo 1. El gran mito gran (o la madre de la criatura). “La Argentina es un país rico”
Capítulo 2. Argentina potencia. “Estamos condenados al éxito”
Capítulo 3. No sé lo que quiero pero lo quiero ya. “Necesitamos líderes fuertes”
Capítulo 4. Yo no tengo la culpa. “Los otros nos roban nuestra riqueza”
Capítulo 5. El país más europeo de América Latina. “Somos un pueblo educado”
Capítulo 6. Al que madruga… “Somos un pueblo trabajador”
Capítulo 7. ¿Pobres pero honrados? “La Argentina es un país con gran futuro”
A modo de cierre. Pasados de revoluciones
Créditos
Sobre el autor
Otro título del autor

Bulat, Tomás
Estamos como somos. - 1a ed. - Buenos Aires :
Sudamericana, 2015
Ensayo)
EBook.

ISBN 978-950-07-5425-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: noviembre de 2015
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-5425-5

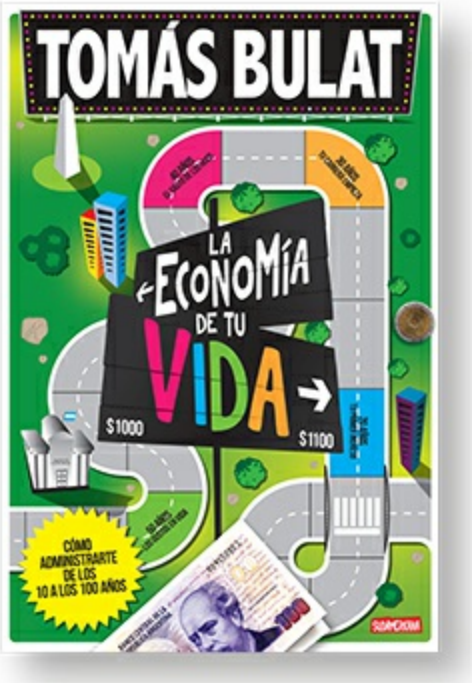
Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar

TOMÁS ARIEL BULAT

(Buenos Aires, 1964-2015) se definía a sí mismo como economista de profesión, periodista de oficio y docente de alma. Se graduó en Economía en la Universidad de Buenos Aires, y realizó un posgrado en la Universidad Federal de Río de Janeiro y una maestría en la Universidad de Londres. Ganó dos premios Martín Fierro, uno al mejor programa económico de cable por El Inversor (2012) y otro a la mejor labor periodística en cable (2013); también estuvo ternado dos veces al premio Fund TV. Se desempeñó como columnista en El Cronista, Infobae, e Infobae TV. En el ámbito docente se destacó como profesor de Finanzas Públicas en la UBA, de Introducción a la Economía en la Universidad ISALUD y de Economía en el MBA de la UADE. Es autor de *Economía descubierta* (Ediciones B, 2013) y *La economía de tu vida* (Sudamericana, 2014).

Foto: © Alejandra López



Otro título del autor en megustaleer.com.ar